



LA MUERTE AL YO

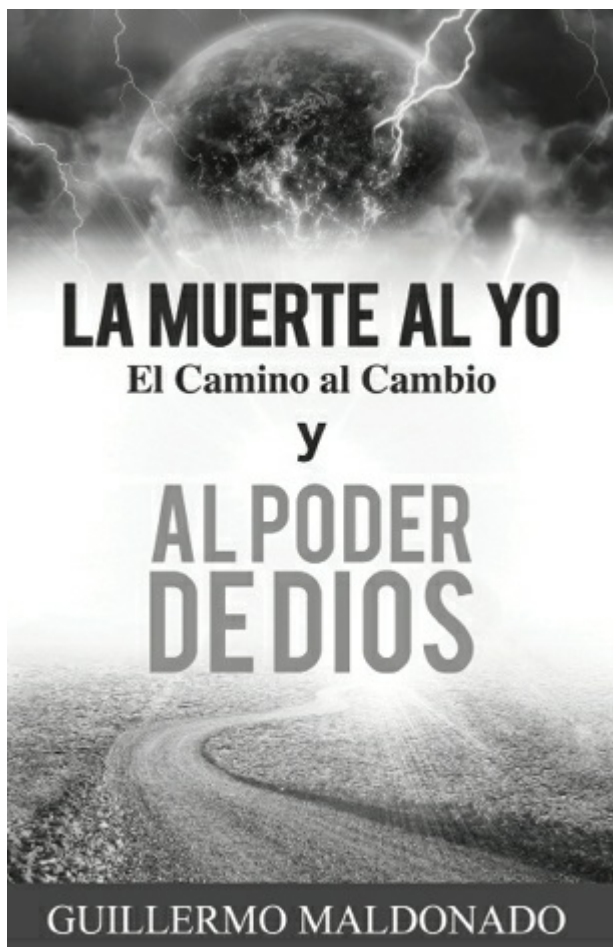
El Camino al Cambio

y

**AL PODER
DEDIOS**



GUILLERMO MALDONADO



Nuestra Misión

Llamados a traer el poder sobrenatural de Dios a esta generación

***La Muerte al yo,
el Camino al Cambio y al Poder de Dios***

Primera Edición: Octubre 2015

ISBN: 978-1-59272-512-0

Todos los derechos están reservados por el Ministerio Internacional El Rey Jesús/Publicaciones. Esta publicación no puede ser reproducida, alterada parcial o totalmente, archivada en un sistema electrónico, ni transmitida bajo ninguna forma electrónica, mecánica, fotográfica, grabada o de cualquier otra manera, sin el permiso previo del autor, por escrito.

Directora del Proyecto: Addilena Torres

Edición: Gloria Zura

Diseño de Portada: Juan Salgado

Diseño Interior: José M. Anhuaman

Categorías: Crecimiento Espiritual - Sanidad Interior - Liberación

Ministerio Internacional El Rey Jesús

14100 SW 144th Ave. Miami, FL 33186

Tel: (305) 382-3171 - Fax: (305) 675-5770

IMPRESO EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Índice

Introducción 5

1. El origen del “yo” 7

2. La necesidad de la muerte al “yo” 19

3. Cristo, el gran ejemplo de negación o muerte a uno mismo 31

4. El doble intercambio que ocurrió en la cruz 37

5. Las tres etapas de negación, transformación y muerte de Cristo 46

6. Consecuencias de no negarse a uno mismo y beneficios de
negarse a uno mismo 64

7. Evidencias y señales de una persona muerta a su “yo” 75

8. Los pasos para acceder al cambio y al poder sobrenatural de Dios 84

Conclusión 91

Oración para rendir su voluntad y morir al “yo” 94

Bibliografía 95

Introducción

No es novedad para nadie que vivimos en tiempos de gran

maldad; donde el valor de la vida se ha perdido y la integridad moral se ha desmoronado; donde la inocencia es pisoteada casi de forma cultural. Ya no se cuida ni protege la inocencia de los niños, no se resguarda la integridad moral de los jóvenes, ni se espera responsabilidad social de los adultos. Se llama a lo malo “bueno”, y a lo bueno “malo”. Vivimos en una era donde el Cristianismo está siendo cada vez más perseguido. De la libertad religiosa y la tolerancia, hemos pasado a un tiempo de abierta persecución y agresión hacia todo aquel que confiesa a Cristo como Señor de su vida. Hoy por hoy, todos los valores cristianos están siendo cuestionados y desechados por una sociedad que solo busca que dejen de decirle que su conducta desagrada a Dios. Ésta es una generación que solo quiere oír lo que va de acuerdo con sus deseos carnales, egoístas y egocéntricos; que vive para complacer toda demanda del “yo” de manera inmediata, que no quiere límites ni restricción alguna. Por eso hoy, la homosexualidad es el derecho de cada individuo a elegir cómo vivir; el aborto es el derecho de la mujer sobre su propio cuerpo; el divorcio es el derecho a buscar la propia felicidad; el amor al dinero es el derecho de la persona a superarse y tener todo lo que quiera; las falsas doctrinas en la Iglesia son el derecho de cada uno a interpretar la Palabra de Dios a su conveniencia. Vivimos en un tiempo donde el lema es “si te hace bien, si se siente bien, hazlo”; no importa si daña a otro, si destruye todo a su paso, si deja una herencia de maldición, lo importante es “sentirse bien”.

El egocentrismo es la raíz de la presente depravación moral de nuestras sociedades.

La Biblia dice “...que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita” (2 Timoteo 3:1-5). La razón de estos tiempos malos es precisamente la degradación moral de la raza humana, es la

corrupción moral y ética, la perversión que ha sufrido el carácter del ser humano; las cuales son irreversibles. Esta expresión “*amadores de sí mismos*”, en griego es *altos* (yo) y *fileos* (amor, beso). Es como besarse de amor a sí mismo. Ahí comienza la depravación de todo el carácter humano, porque éste no fue hecho para amarse egoístamente a sí mismo, ni a hacer de su “yo” un dios o ídolo. Entonces, la raíz de la depravación moral es el amor al “yo”, es ponerse primero, por encima de cualquier necesidad ajena, de la voluntad de Dios y de las leyes de Su Reino. Y de ahí procede que el apóstol Pablo los describa también como “*amadores de los deleites*”; esto hace a su vez, que tengan una “*apariencia de piedad*”; es decir que por más que parezcan ser buenos, viven para su propio “yo”.

Toda persona centrada en sí misma es un ser en proceso de desintegración.

1

El Origen del “Yo”

En mi experiencia a lo largo del tiempo que llevo en el ministerio, el mayor enemigo del cristiano, cuando se trata de cambiar o de recibir mayores niveles del poder de Dios, no es Satanás directamente, sino su vieja naturaleza, llena de pecado, egoísmo, orgullo; es aquel que la Biblia también llama “viejo hombre”. La persona que confiesa a Cristo como Señor y Salvador, nace de nuevo por el Espíritu, y su nombre es escrito en el Libro de la Vida. Pero, a partir de allí, debe iniciar un camino de cambio y transformación que permita que Cristo crezca en ella. Para que esto suceda, la persona debe atravesar un proceso de muerte a sí misma, por el cual rinda su voluntad rebelde, sus deseos egoístas y pecaminosos para hacer la voluntad de Dios, a través del cumplimiento del propósito por el cual fue creada. Esa muerte es la que yo llamo “la muerte al yo”.

Muchos cristianos todavía luchan con conductas pecaminosas, y son

guiados por su egoísmo en sus acciones diarias; quieren desatar el poder de Dios que Jesucristo les ha dado, pero no han aprendido a recorrer el camino que Jesucristo recorrió. Al principio de mi ministerio, me preguntaba mucho ¿cómo, si alguien es sanado, liberado, bendecido por el poder de Dios, puede dejar perder su milagro? Si alguien fue rescatado de las peores situaciones en que el enemigo lo tenía cautivo, en el mundo, ¿cómo puede negarse tanto a santificarse para Él? ¿Por qué sigue robando, mintiendo, en adulterio, inmoralidad, brujería, drogas, orgullo, soberbia, testarudez, peleas, disensiones, etcétera? Si Dios es tan poderoso, ¿por qué algunos cristianos no alcanzan los milagros o el cambio de vida que necesitan? ¿Por qué no avanzan en su crecimiento espiritual? ¿Por qué no logran desarrollar sus llamados en Cristo, sus dones, su potencial? Al buscar respuesta en Dios a estos interrogantes, el Espíritu de Dios me guió a la revelación de “la muerte al yo”.

En esa revelación, hallé que Jesús es nuestro mejor ejemplo de muerte a uno mismo, de renuncia total a todo deseo o agenda personal o individual; y de cómo esto desata mayores niveles de poder sobrenatural para traer milagros, señales y maravillas a nuestra generación. Él es nuestro mejor ejemplo de cómo amar al Padre celestial y someter nuestra voluntad personal a Su voluntad. Solo así vendrán las manifestaciones de poder más gloriosas que uno pueda haber imaginado experimentar en su vida y ministerio. Saber esto es lo que me ha inspirado a escribir este libro; porque sé y reconozco que nada de lo que he logrado ha sido en mis fuerzas ni ha sucedido sin que antes ocurriera una muerte a mí mismo, a mis deseos personales, a mi manera de pensar o de hacer. Siempre he tenido que rendir mi voluntad para que la de Dios pueda cumplirse en mi vida, familia y ministerio. La esencia de todo esto ha estado en llevar mi “yo” a la cruz de Cristo para darle muerte. Y usted se preguntará: Pero, ¿qué es exactamente el “yo” que debo rendir? ¿Dónde se origina?

EL ORIGEN DEL “YO”

En el Nuevo Testamento, hallamos varios nombres para referirse al “yo”; entre ellos están el “viejo hombre” (Colosenses 3:9), el “yo carnal” (Romanos 7:14), la “concupiscencia” (Santiago 1:14), la “naturaleza pecaminosa” (Romanos 7:25 – NVI), el “cuerpo de pecado” (Romanos 6:6), la “carne” (Juan 6:63), el “cuerpo pecaminoso carnal” (Colosenses 2:11); además, algunos estudiosos lo denominan “la naturaleza adánica”. Sin embargo, yo considero que todos se resumen en una sola palabra, “rebelión”.

Cuando Adán y Eva creyeron el engaño de la serpiente y desobedecieron a Dios, dieron a luz la rebelión, el pecado y la naturaleza caída; abandonando la vida eterna junto al Padre, abrieron el camino hacia la muerte eterna junto a Satanás. El Padre le había ordenado a Adán: *“Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”* (Génesis 2:17). Las instrucciones habían sido claras, pero la mentira de Satanás desautorizó al Padre. Fue de allí que nació lo que luego, se dio en llamar la “naturaleza de pecado” o la “carne”, o lo que hoy denominamos también como “yo” –dado que la promesa de redención ya estaba en marcha para llevarnos de regreso a la inocencia o al “hombre nuevo”–. El “yo” es la simiente o hijo de Satanás *“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya...”* (Génesis 3:15) porque él fue el primer rebelde y desobediente. Quiere decir que ese “yo” es la naturaleza o simiente, retoño o hijo de Satanás. Así lo estableció Jesús cuando los escribas y fariseos buscaban desautorizarlo delante del pueblo, y les dijo: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira”* (Juan 8:44).

El “hombre viejo” o “yo” se produjo o nació de la mentira y engaño de Satanás.

El pecado de Adán y Eva trajo una maldición que cambió la esencia misma de la naturaleza humana. El hombre y la mujer habían sido

creados en santidad y pureza absolutas, a imagen y semejanza del Creador; tenían la naturaleza y características intrínsecas del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tanto en su apariencia externa como en su interior. Eran uno con esa trinidad divina. La comunión entre ellos y Dios era completa porque ambos habitaban en santidad y compartían una misma naturaleza o ADN espiritual. Pero al ceder al engaño y tentación de Satanás, el pecado cambió esa naturaleza, y el ADN mismo del hombre fue torcido, alterado; la naturaleza pecaminosa, la rebeldía y odio a Dios que había en Satanás pasaron a ser parte de la naturaleza del hombre. Adán se corrompió física, emocional y espiritualmente. Así, transfirió el pecado de generación en generación. Por esa causa, todo ser humano nacido en esta tierra viene con una naturaleza de pecado, corrupta. En la justicia del Padre, el pecado trae separación total y muerte porque la paga del pecado era la muerte, irremisible muerte, o separación eterna del Padre celestial. Y no iba a ser distinto para la raza humana. Nadie podía, ni aún hoy puede, revertir esta perversión en el ADN espiritual del ser humano; así como tampoco puede revertir su condena. Por eso Jesús tuvo que venir en forma de hombre, morir nuestra muerte, vencer a la muerte y a Satanás, para que por Su muerte nuestro pecado fuera redimido, y por Su resurrección nos fuera devuelta la vida eterna que habíamos perdido. Esa vida eterna es la reconciliación con el Padre y la restauración de nuestro ADN espiritual, que es el de Dios.

La naturaleza de Satanás se resume en una palabra... “rebeldión”. Él es el originador de la rebeldión en el cielo y, luego, también en la tierra, y de todo lo que produce rebeldión. Por esa naturaleza rebelde, *“todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino...”* (Isaías 53:6). La naturaleza de rebeldión no es otra cosa que la desobediencia; es la razón por la cual la persona se aparta de Dios, se va por su propio camino, le da la espalda a su Creador y busca hacer su propia voluntad; busca satisfacer su “yo”, agradar a su “naturaleza de pecado”, gobernarse a sí misma. Por lo tanto, actúa en independencia del Padre; deja de tener comunión íntima con Él, de ser uno con Él y de cumplir Su voluntad en la

tierra. Se vuelve enemigo de Dios y de Su Reino.

Ahora, cuando una persona recibe a Cristo su espíritu nace de nuevo, pero su alma permanece en la “vieja naturaleza”. Allí se encuentra el “viejo hombre” o “yo”, con una voluntad no rendida, rebelde e independiente, y una mente no renovada, llena de fortalezas mentales contrarias al pensar de Cristo. El alma debe ser sometida a un proceso de cambio y transformación, por el cual ese “yo” deberá pasar muchas muertes. Para que eso suceda, nuestra voluntad deberá rendirse una y otra vez a la del Padre, y nuestra mente deberá ser renovada por el Espíritu de Dios.

Si entendemos todo lo anterior, queda claro que no podemos recibir todos los beneficios de la obra de Cristo terminada en la cruz y aún permanecer en pecado. Por ende, tampoco tenemos acceso al poder que Cristo desató en esa cruz. Y sin ese poder sobrenatural no podemos cambiar ni ser transformados; no podemos manifestar milagros ni señales; no podemos cambiar la realidad de pecado y destrucción que nos rodea. Sin ese poder, nuestro Cristianismo es pura religión y no tenemos la habilidad de manifestar el Reino de Dios aquí y ahora. Necesitamos morir con Cristo a la naturaleza pecaminosa y resucitar con Él a una vida santa, pura, una naturaleza nueva, sin pecado.

EL ORGULLO, PRINCIPAL ENEMIGO DE LA MUERTE AL “YO”

Cuando vivimos de acuerdo al “yo” egoísta, vemos sus manifestaciones en nuestra vida. Entonces, existimos solo para servir al “yo”, para proveer al “yo”, exaltar al “yo”, permanecemos conscientes del “yo”, egoístas, egocéntricos, absorbidos por el “yo”, autosuficientes, interesados solo en ese “yo” ególatra, centrados en la justicia de ese “yo”, y en preservarlo; en la auto-lástima, en saciar la ambición de ese “yo” que sólo se interesa por sí mismo. Todas estas expresiones del “viejo hombre” están enraizadas en el orgullo de Satanás, que llevó a la raza humana a la rebelión contra el mismísimo Creador. Y leemos de Satanás en el libro de Ezequiel,

que Dios le dijo: *“Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste... Se enaltecó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor...”* (Ezequiel 28:15-17). En la Biblia se citan varias veces, dichos suyos tales como: “Yo subiré al cielo...” “Seré como Dios...”, etcétera, los cuales demuestran claramente la adoración que tenía por sí mismo y cómo su orgullo había ganado todo terreno en su ser.

Todo pecado está basado en el orgullo y el “yo”, los cuales proceden de Satanás.

La Biblia, para describir el espíritu de orgullo, se refiere a un monstruo marino llamado Leviatán. El capítulo 41 del libro de Job describe a este espíritu demoníaco que ataca personas, familias, iglesias, ciudades y países enteros. *“La gloria de su vestido son escudos fuertes, cerrados entre sí estrechamente. El uno se junta con el otro, que viento no entra entre ellos. Menosprecia toda cosa alta; es rey sobre todos los soberbios”* (Job 41:15-16, 34). De la descripción de Job, entendemos que el orgullo conforma una sólida protección para el “yo”; es difícil de penetrar porque dice que es una cobertura de escudos fuertes, cerrados estrechamente entre sí. El orgullo hace a la gente egoísta y cerrada por completo a todo lo externo. Lo único que importa es él.

La palabra “egoísmo” está compuesta de dos vocablos: “Ego” que significa “yo”, e “ismo” que es un sufijo formativo de sustantivos abstractos que denota algún tipo de doctrina, tendencia, teoría o sistema. El “ego-ísmo” es el sistema del “yo carnal”; significa que la persona está absorta en sí misma, llena de sí y que nada más le importa. Con esto, podemos decir que el egoísmo es la adoración al “yo” o “viejo hombre”; y sabemos que si algo toma el lugar de Dios en nuestra vida, entramos en idolatría. El orgullo es la personalidad del pecado y constituye la mayor expresión de rebeldía ante los ojos de Dios. Satanás fue expulsado del cielo a causa de su orgullo o egocentrismo. Dios no tolera eso en Su presencia porque:

- El orgullo no permite que la persona se arrepienta.
- El orgullo nunca reconoce el error ni pide perdón.
- El orgullo nunca lo deja a uno enfrentarse a sí mismo.
- El orgullo nunca se humilla (1 Pedro 5:5).
- El orgullo lleva al error.
- El orgullo tuerce la verdad.
- El orgullo pervierte las motivaciones del corazón.
- El orgullo separa al hombre del Padre celestial.
- El orgullo es pecado y es iniquidad, la cual es una perversión del corazón.

Así como los dedos están arraigados a la palma de la mano, igualmente están arraigados los pecados externos al “yo” no rendido a Dios.

La generación actual es muy egoísta y orgullosa; vive centrada en sí misma; no siembra bien para las futuras generaciones. No admite que le digan que su conducta está mal, que su forma de pensar la lleva por mal camino; mucho menos acepta que le digan qué hacer o cómo vivir. Para ella, todo se trata del “yo” y de lo que éste demanda: *“Yo quiero sentirme bien”*. *“Yo quiero hacer lo que me venga en gana”*. *“Yo quiero pensar a mi manera, vivir a mi manera, ser dueño de mí mismo”*. El egoísmo es la ausencia de la muerte al “yo”, por lo cual todo tiene que girar en torno a ese “yo”; en torno a complacerlo, levantarlo, enaltecerlo y alimentarlo para mantenerlo vivo. En este punto, es importante también destacar que el “yo carnal” nunca se sacia; siempre quiere más, y pervierte el corazón con su constante búsqueda de auto-satisfacción. La gente se levanta pensando en cómo puede ser feliz, en que “tienen que orar por mí”, “tienen que amarme a mí”, “tienen que alimentarme a mí”. Todo es una demanda permanente del “yo”, por sí y para sí. ¡Todo es “yo”! El egoísmo es su personalidad.

Por supuesto, sabemos que ese no es el camino que Cristo nos marcó; de hecho, es la dirección exactamente opuesta. Sin embargo, hay cristianos que buscan excusas para no morir al “yo”, para seguir complaciendo su carne y no llegar al punto de morir a sí mismos. El orgullo tiene al “yo” entronado en su vida y no admite otro rey.

Santiago, discípulo del apóstol Pablo, enseñó que *“cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido”* (Santiago 1:13-14). La palabra “concupiscencia” viene del latín y significa “deseo de bienes terrenos y, en especial, apetito desordenado de placeres deshonestos”. Es prácticamente la descripción del “egoísmo”, del carácter del “yo carnal”, contrario al carácter de Cristo, y es lo que el orgullo pretende proteger. Por eso necesitamos proceder a la muerte de ese “yo”. ¡Esto es serio! No podemos seguir pretendiendo ser cristianos y no querer morir a la naturaleza egoísta de pecado, para vivir para Cristo. Una de las muertes más difíciles de morir es la del “yo”, porque es continua, y va en contra de todo lo que el mundo predica.

Mientras usted habite esta tierra le será requerido morir a sí mismo diariamente, y morirá muchas muertes.

Todos los temores, ansiedades, preocupaciones y resentimientos están arraigados en ese “yo” que nunca ha muerto, que se escuda tras un espíritu de orgullo, soberbia y altivez. Puede ser que, para una persona egocéntrica, el pecado sepa dulce en su boca al principio; puede ser que sienta que se salió con la suya y que eso es todo lo que importa; pero cuando trate de digerirlo, su egoísmo le amargará el estómago. Cuando trate de acercarse a Dios, encontrará que no es posible. Cuando trate de entregarse por amor, no podrá porque su dios, el “yo”, no se lo permitirá. No fuimos creados para ser el centro del Universo ni para vivir para nuestros deleites; fuimos creados para darnos por amor.

Usted nunca será más dueño de sí mismo que cuando le pertenezca por completo a Dios.

Donde más podemos ver los estragos que causa el negarse a morir al “yo” y aferrarse al orgullo es en un matrimonio. Unirse en matrimonio es convertir dos personas en una; para lo cual es necesario que ambas mueran a sí mismas y comiencen a pensar en función del cónyuge. Por lo tanto, siempre habrá problemas cuando uno de los dos no quiera morir a sí mismo; cuando el egoísmo de uno, o el de ambos, supere su amor por el otro. Por lo general, el que no quiere morir dice: “Yo soy la prioridad”. “¿Y qué conmigo?” “Yo soy primero, segundo y tercero”. “A mí (yo) no me van a pasar por arriba; no me van a poner el pie encima”. “A mí nadie me humilla”. “Yo no me inclino ante nadie”. “Si yo no soy feliz, me separo, me divorcio”.

El matrimonio es donde más se evidencia el dominio del orgullo que impone al “yo” por sobre el cónyuge y la perfecta unión que debe ocurrir entre ambos. Por ejemplo, si el esposo quiere ir de vacaciones al mar y la esposa a las montañas, uno tiene que ceder. Pero cuando el orgullo está entronado, habrá discusión, desacuerdo y enojo. Si el esposo quiere el aire acondicionado frío y la esposa no

lo soporta, el hombre que ama, cede a la necesidad de ella. Pero si el orgullo tiene prioridad en él, habrá peleas y la esposa no se sentirá amada. Cuando nace un bebé y despierta varias veces de noche llorando, ¿quién se levanta? ¿Quién de los dos está dispuesto a no dormir para que el otro duerma? Muchas personas fallan en entender el verdadero propósito de unirse a otra en matrimonio. Van con la falsa creencia de que todas las necesidades de su “yo carnal” van a ser suplidas. Por eso, cuando ven que no se trata de satisfacer todas sus necesidades, y que hay otro que demanda atención, comienza una pelea por ser el centro de la relación.

En un matrimonio siempre habrá problema cuando uno de los dos no quiera morir a sí mismo.

“Mi nombre es Martha Lozano. Mi esposo y yo somos colombianos. Decidimos venir a los Estados Unidos el día que perdimos todo en nuestro país. Aunque éramos cristianos, mi esposo era infiel y parrandero; debido a sus malas decisiones financieras, terminamos en bancarrota. Fue tanto el cambio de tenerlo todo a quedarnos sin nada, que mi esposo pensó en suicidarse; pero Dios usó a mi cuñada para evitarlo. Yo lo perdoné y le propuse empezar de cero. Así fue que decidimos mudarnos a este país.

“Pero aquí no todo fue como lo soñamos. Ya viviendo en Miami, no me hallaba. Me sentía muy confundida y lo único que pensaba era regresar a mi país. Desesperada, un día, oyendo un programa de radio Dios me quebrantó. Le rendí toda mi voluntad al Señor; me aguanté las ganas de volver y empecé a tratar de llevar una vida verdaderamente cristiana. Al poco tiempo de eso, me invitaron al Ministerio El Rey Jesús y me gustó tanto, que aunque todavía no tenía trabajo, decidí inscribirme para servir a Dios allí. Pero cuando me llamaron, ¡me pusieron a limpiar baños! Esto fue una gran muerte para mí. Acostumbrada a tenerlo todo y a otro tipo de trabajo, limpiar baños me resultaba muy difícil. Pero lo hice. Después se abrió una posibilidad de trabajo de limpieza, en el turno de la noche; aunque no era precisamente lo que yo quería hacer, por obediencia al Señor, lo tomé. Allí, seguí muriendo a mi ego; Dios

me cambió el carácter y me enseñó pasión y excelencia por todo tipo de trabajo, además de amor y compasión por todas las personas.

“Este cambio en mí, desató el milagro en mi familia. Antes mi hogar era un verdadero caos; mis hijos y mi esposo se habían apartado del Señor, las finanzas estaban por el suelo y yo me sentía deprimida, vacía, frustrada y sin identidad. Pero Dios empezó a hacer algo hermoso conmigo. Cada vez que terminaba mi turno de trabajo nocturno, yo me iba a la oración de la mañana en la iglesia, y eso me daba paz, tranquilidad y confianza en Dios. Poco a poco, comenzaron los cambios, primero en mí; Dios transformó mi carácter y levantó mi fe. Después restauró mi familia, levantó el sacerdocio de mi esposo, lo liberó del espíritu de adulterio, le dio la revelación de servir en la iglesia y de la importancia del diezmo. Cuando mi esposo empezó a seguir la visión de la iglesia y a diezmar, Dios levantó nuestras finanzas; mis hijos volvieron al Señor, se casaron y hoy tienen una familia cristiana. Pero todo comenzó cuando decidí rendir mi voluntad a Dios y morir a mi orgullo, egocentrismo y ‘yo carnal’”.

Ya conociendo el origen del “yo” y lo que produce en nuestra vida, en los próximos capítulos, vamos a hablar de por qué necesitamos morir al mismo y lo que involucra esa muerte. Asimismo, también hablaremos de los beneficios que trae esa muerte a nuestro hombre espiritual y a nuestro ministerio o propósito en esta tierra. Y finalmente, veremos los pasos que debemos seguir para acceder al poder sobrenatural de Dios en nuestra vida y ministerio.

2

La Necesidad de la Muerte al “Yo”

A lo largo del tiempo que llevo ministrando al pueblo de Dios, en diferentes áreas, he encontrado que el principal problema no es liberar a las personas, sino mantenerlas libres; no es sanarlas, sino

que permanezcan sanas; no es desatar el poder de Dios sobre ellas, sino que se empoderen para hacer ellas mismas las obras de Cristo; no es que reciban bendición, sino que permanezcan bendecidas; no es sacarlas del mundo sino que la mentalidad del mundo salga de ellas. Muchos creyentes, después de ser sanos o libres, vuelven a enfermarse de lo mismo o a ser oprimidos espiritualmente en las mismas áreas. Una gran cantidad, después de recibir a Jesús en su corazón, no sabe cómo cambiar su vida o, incluso, no siente la necesidad de cambiar para agradar al Padre celestial. La gente quiere los milagros, quiere el poder, quiere la gracia, la prosperidad y todo lo que Dios tiene en Su mano, pero no está dispuesta a dejar su vieja manera de vivir.

Consultando al Señor al respecto, Él me enseñó que la causa principal es que los cristianos reciben la liberación, sanidad o bendición, pero no hacen un cambio en su manera de vivir. Quieren los beneficios de creer en Dios, sin pagar el precio de morir a su vieja manera de actuar. No se niegan a sí mismos, no mueren al *“viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”* (Efesios 4:22), no crucifican su carne o naturaleza pecaminosa; con lo cual, mantienen abierta la puerta para que el enemigo ataque su vida y el pecado los domine. Permítame advertirle que, no importa cuántas veces sea libre de una opresión espiritual, si no cierra la puerta de acceso, el demonio siempre volverá; la enfermedad regresará, los vicios volverán, los pecados del pasado regresarán, y la bendición cesará. La clave para no perder todo lo recibido de la mano de Dios, que nos fue dado por la gracia y el poder de Cristo, es la muerte al *“yo”*, al *“ego”*, a la *“vieja naturaleza”*, al *“viejo hombre”*, a la *“naturaleza de pecado”*.

Lo único que autoriza a Satanás para atacar nuestra vida es nuestra desobediencia y falta de muerte al “yo”.

El evangelio del apóstol Juan relata que, en cierta ocasión, Jesús se encontró en el templo con un paralítico que Él había sanado antes y, al reconocerlo, le recomendó *“...Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor”* (Juan 5:14). El ámbito

espiritual es real y nosotros podemos activarlo tanto con nuestra obediencia –para bien–, como con nuestra desobediencia –para mal–. Parece que la gente, en general, siempre está tratando de evadir esta verdad o condición para mantener lo que ha recibido de Dios. En este versículo, Jesús dejó muy claro que, de seguir pecando, la enfermedad volvería al cuerpo de aquel hombre. Aceptar a Cristo en nuestro corazón es identificarnos con Él en Su muerte y resurrección. No hay manera de conservar nuestra vieja manera de vivir y, a la vez, retener lo que hemos recibido por Su obra completa en la cruz. Debemos tomar la decisión de dejar atrás el pecado, y la única manera es muriendo al “yo carnal”, dado que la paga del pecado siempre es “muerte”, y el pecado es parte esencial del “yo”, son inseparables. Para erradicar el pecado de nuestra vida, debemos matar la fuente que lo alimenta o le da lugar en nuestra vida; y esa fuente es el “yo”.

Conociendo los principios del mundo espiritual, Cristo también nos dejó una advertencia en cuanto a lo que sucede cuando hemos sido libres de alguna influencia u opresión demoniaca. *“Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero...”* (Mateo 12:43-45). Esto nos da clara muestra de que los demonios ocupan un lugar en nuestro ser, el cual sienten que les pertenece. Sabemos que ese espacio fue concedido legalmente –ya sea por nuestro pecado o el de nuestros antepasados–, y que si pasamos por sanidad interior y liberación, si hemos aplicado la obra de la cruz a las diversas áreas de nuestra vida, somos libres por la sangre de Cristo. Pero en el versículo de Mateo, vemos que la liberación no está sellada mientras ese espacio que dejaron los demonios al ser expulsados, permanezca vacío (aunque esté barrido y adornado). Observe esto. No hay problema con que la casa esté barrida y adornada; el problema es que esté desocupada. El enemigo volverá a buscar morada en esa casa;

cuando la encuentre vacía, se asegurará de hacerse más fuerte que antes trayendo otros siete espíritus peores con él para poder ocuparla definitivamente y operar desde allí. La razón es que ellos siempre van a buscar volver al lugar que consideran “su casa”; y allí es donde entra la responsabilidad del creyente de comenzar a dejar que Cristo sea Señor de todo, que ocupe ese espacio. El creyente que no ha muerto al “yo carnal”, no le ha dado el Señorío a Cristo en esa área, y tarde o temprano, la opresión volverá.

Cristo solo es Señor de las áreas que usted le haya rendido.

Lo cierto es que, tanto para permanecer libres de toda influencia demoniaca, como para avanzar en nuestro camino a alcanzar la semejanza de Cristo, tenemos que pasar por un proceso de muerte al “yo”. Debemos morir con Jesús para luego, resucitar también juntamente con Él. No hay otra manera de alcanzar todo lo que Dios planeó para nosotros en esta tierra, de manifestar Su gloria aquí y de ser relevantes en la expansión del Reino.

Siento que el Espíritu Santo me impulsó a escribir este libro porque muchos cristianos hoy saben que tienen que morir con Cristo, pero no saben muy bien a qué ni cómo o qué significa eso de “morir” exactamente. En mi experiencia, puedo decir que nada de lo que Dios ha hecho en mi vida y a través de mí ha sucedido sin que mediara una muerte continua a ese “viejo hombre”. Yo he tenido que morir, una y otra vez, a mí mismo y a muchas cosas para ver nuevos niveles de unción, poder y gloria de Dios en mi familia y ministerio. Nada de lo que el Señor me ha dado ha venido por vivir un evangelio fácil, cómodo ni conveniente para mi carne. El “sacrificio vivo” para mí es un estilo de vida. Al principio de mi ministerio, yo viajaba a distintos países de Latinoamérica como evangelista. Como todavía trabajaba secularmente, lo que hacía era tomar mis vacaciones para viajar a predicar el evangelio donde Dios me enviaba. Incluso llegué a viajar mientras mi esposa estaba embarazada, lo cual fue un verdadero sacrificio para ambos. Cuando comenzamos la iglesia, utilicé todos nuestros ahorros para pagar los primeros meses de renta de la iglesia; y mi esposa, embarazada de nuestro segundo hijo, trabajaba de noche limpiando oficinas para pagar un programa de radio para predicar el evangelio en la ciudad. Hoy por hoy, seguimos presentando sacrificio vivo, de diferentes maneras.

EL VERDADERO SIGNIFICADO DE MORIR A UNO MISMO

Hoy en día, no se predica ni se enseña la palabra “sacrificio”; tampoco se habla de compromiso ni de morir al “yo”. Todo está basado en si la gente quiere y puede, si no la incomoda, si no la ofende, si no tiene que perder nada ni cambiar nada en su manera de vivir, de pensar o de actuar. Se predica un evangelio de tolerancia, no de cambio; mucho menos de sacrificio. Pero la verdad inmovible es que no se puede tomar el poder sobrenatural que Cristo conquistó en la cruz sin que medie una muerte; porque *“con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”* (Gálatas 2:20). Y no estoy hablando de una muerte física. Esa ya la pagó Jesucristo. Si se trata de sacrificio, no me refiero a darse latigazos ni hacer largas peregrinaciones a algún lugar lejano, sino a presentar sacrificios espirituales como sacerdotes; sacrificios de alabanza, adoración, oración, de tiempo, de dinero, de presentar nuestro cuerpo y renunciar al pecado (1 Pedro 1:5). Además, también quiero aclarar que el sacrificio no es para ganar el favor de Dios, sino para desatar Su poder sobrenatural legalmente en esta tierra.

POR QUÉ ACTUAMOS COMO ACTUAMOS

Examinemos nuestra propia vida. ¿Por qué nos enojamos? Porque alguien se ha metido con nuestro “yo”. ¿Por qué mentimos? Porque pensamos que la mentira será ventajosa para el “yo”; porque nuestro “yo” se resiste a perder, a pasar vergüenza, a tener que renunciar a algo. Si sentimos que nuestro “yo” va a perder algo, va a quedar mal o va a tener que salir de su comodidad, mentimos. ¿Por qué somos deshonestos? Por la misma razón; porque nuestra concupiscencia preserva la vida de ese “yo” egoísta y demandante. ¿Por qué somos impuros e inmorales? Porque pensamos en dar placer al “yo” por encima de todo; porque el “yo” es nuestra prioridad. ¿Por qué sentimos envidia y celos? Porque alguien se adelantó a nuestro “yo” y obtuvo lo que creemos que nos corresponde; porque el “yo” jamás se conforma con lo que tiene. Siempre quiere más; quiere lo propio,

lo ajeno y más. Acumula, acumula y nunca le alcanza, porque su apetito es insaciable y compulsivo.

La muerte del “ego” consiste en negarse cada día al “yo” carnal, egoísta, mundano y rebelde. Ese que quiere solo lo que le conviene a su apetito insaciable por los placeres de este mundo, por la satisfacción a corto plazo, por la exaltación de sí mismo; el que quiere dormir más y orar menos, comer más y no ayunar, pervertirse más y no santificarse, pecar más cada día y no renunciar al pecado; que es rebelde a Dios y no se rinde a Su señorío, que es contrario al evangelio de Cristo y no le importa establecer el Reino de Dios en esta tierra. ¡Ése es el que tiene que morir! Como resultado de la falta de esta muerte en los creyentes y líderes cristianos de hoy, la Iglesia no tiene poder y las bendiciones que se obtienen se terminan perdiendo. Muchos líderes hoy priorizan su bienestar, su cheque a fin de mes, su posición, la aceptación de su gente y de la sociedad que los rodea. Se olvidan o tienen miedo de predicar la muerte a tantas cosas que alejan a los creyentes del verdadero camino que Cristo enseñó. Pero algo es cierto, y es que sin muerte no hay cambio, ni transformación, ni poder sobrenatural.

EJEMPLO DE LA MANIFESTACIÓN DEL EGOÍSMO EN LOS DISCÍPULOS DE JESÚS

Los discípulos de Cristo pasaron situaciones en las que su “yo egoísta” se manifestó; y Cristo siempre los llevó a morir. Si enumeramos algunas de esas situaciones, vemos por ejemplo:

- Discípulo contra discípulo (Lucas 9:46); aquí los discípulos de Jesús discutían sobre quién de ellos sería el mayor. Estos hombres escogidos por el Mesías, estaban todavía en el proceso de entender para qué habían sido llamados. Todavía creían o tenían la expectativa de que su “yo carnal” tendría alguna ganancia en el asunto, alguna posición de mayor jerarquía sobre los demás.
- También, se involucraron en disputas con discípulos que no eran de su grupo (Lucas 9:49) prohibiéndoles hacer lo que ellos

hacían. Su “ego” no estaba dispuesto a ver que alguien más desatara el poder que Jesús les había impartido. Su visión no estaba puesta en extender el Reino, sino su ego.

- Además, vemos a los discípulos de Jesús en discusiones de raza contra raza, o racismo, de judíos contra samaritanos (Lucas 9:54), queriendo tomar venganza por una afrenta. Los samaritanos no los habían querido recibir porque eran judíos, y ellos le pidieron a Jesús que los dejara clamar fuego del cielo para consumir a los samaritanos. Y Jesús les respondió algo maravilloso: *“Vosotros no sabéis de qué espíritu sois”*.
- Y finalmente, vemos a los discípulos en indecisiones y buscando su comodidad (Lucas 9:59-62). Jesús los llamaba a seguirlo y anunciar el Reino y ellos le daban excusas, porque no podían decidir la muerte a su egoísmo, a su “yo carnal”. Muchas veces, a los creyentes les pasa lo mismo. Quieren tener un lugar de preeminencia en la iglesia; su “ego” demanda ser mayor sobre sus hermanos y no entienden a qué han sido realmente llamados. Desprecian a otros creyentes que no tienen el poder, la revelación, la iglesia o el impacto que tienen ellos. Quieren ver castigados a quienes los desprecian; pero cuando se trata de morir a su “yo” para extender el Reino, se muestran indecisos y se aferran a su comodidad.

La persona que desea a Cristo y, a la vez, preservar su comodidad, su manera de hacer, sus ideas y sus placeres, no llegará a ninguna parte, porque Cristo y la comodidad del “yo” son incompatibles. Los discípulos de Jesús todavía pensaban en términos egocéntricos, como piensa un hombre carnal; pensaban en salvarse, pensaban en posición o en ganar competencias de “egos”, pero nunca en morir a sí mismos. Éstas son manifestaciones del “yo carnal” que no ha muerto. En el ministerio de Cristo todo huele a sacrificio; si queremos ser como Él y cumplir Su voluntad, nuestra existencia también olerá a sacrificio. Una de las razones por las que la gente no se compromete con Dios es que no quiere morir a su egoísmo.

El egoísmo siempre será el obstáculo más grande para hacer la voluntad de Dios y comprometerse con Él.

El Hijo de Dios no tuvo reparos en declararlo tal como es; “y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23). Negarse a sí mismo es decir “no” a lo que uno quiere, siente y piensa, para decirle “sí” a lo que Dios quiere, siente y piensa; es decirle “sí” a Su voluntad para cada momento, situación y condición. Y tomar la cruz cada día es ese sacrificio diario del “viejo hombre”, nuestra carne. Lo cierto es que debemos perder la vida del alma, con sus deseos egocéntricos, para ganar Su vida, la eterna, la que es con Él, tanto en la tierra como en el cielo. Porque “el que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 10:39). Hay diferentes palabras griegas que se traducen como “vida”. *Bíos*^(G979) que es la vida física, *psujé*^(G5590) que es la vida del alma (donde se hallan la voluntad, la mente y las emociones), y *zoé*^(G2222) que es la vida del espíritu. Cristo nos está diciendo: “Si amas tu *psujé*, o vida del alma –lo que piensas, sientes y quieres–, entonces morirás o perderás la *zoé*, o vida del espíritu. Pero, si la aborreces vivirás la vida *zoé* que es la eternidad con Cristo. No se puede vivir la vida del alma y la vida de resurrección al mismo tiempo; es imposible que se manifiesten las dos en la misma persona, al mismo tiempo. Una tiene que morir para que la otra viva. Para hallar la vida plena de Cristo, debemos perder la natural, del alma. Todo lo que este mundo llama “vida” es algo efímero, su gloria es pasajera, corrupta y vana, no tiene la capacidad de sustentarse a sí misma; en cambio, si morimos a ella, alcanzaremos nuevos niveles de la vida verdadera de Cristo, eterna, cuya gloria es la de Dios, incorruptible y santa, que se sustenta a sí misma porque Su fuente es inagotable.

En el Reino, la muerte a uno mismo no es una opción, sino un mandato y una condición ineludible para permanecer en vida eterna.

Si vemos esto como un mandato y no como una opción, no podemos dejar de predicarlo, de anunciarlo y de demandarlo a los creyentes

para que avancen en su crecimiento y madurez espiritual. De otro modo, nunca vendrá el compromiso, ni el fuego y poder sobrenatural para cambiar hogares, vecindarios, ciudades y naciones, para establecer el Reino de Dios y Su justicia en la tierra.

El apóstol Pablo también enseñó de esta muerte cuando les escribía a los creyentes de la iglesia de Corinto diciendo: *“Os aseguro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en nuestro Señor Jesucristo, que cada día muero”* (1 Corintios 15:31). Pablo no se refería a morir físicamente, sino a morir al viejo hombre, al hombre adánico, a la carne, al “yo carnal” o ego; es decir, a todo lo corruptible y mortal. Morir a ese “yo” significa renunciar a los viejos hábitos, a los deseos corruptos, a malos pensamientos, a sentimientos de ira, enojo, resentimiento, amargura, los cuales son propios del ADN diabólico que el pecado nos heredó; morir al “yo” es renunciar a nuestra voluntad testaruda y egoísta, a nuestras ambiciones personales, al amor al dinero, a toda relación que tome el lugar de Dios; significa rendir la voluntad rebelde contra el Padre, rendir el orgullo, renunciar a vivir por y para uno mismo. Morir al “yo” es vaciarse de uno mismo, despojarse del pasado, del celo, la envidia, deseos de venganza, falta de perdón, para dejar que Cristo viva a través de uno con Su naturaleza de santidad, pureza, fruto del Espíritu, para que surja en nosotros el vivir por amor y lealtad al Padre y a la vida del espíritu. Todo esto, es sabiendo que Dios conoce nuestros anhelos y quiere cumplirlos para que seamos felices en Él.

Pero, y creo que vale la pena aclarar que la muerte que estamos tratando aquí se refiere, no sólo a lo que detallamos en el párrafo anterior; va más allá e incluye también la muerte a cosas que no son malas en apariencia, pero que interrumpen el cumplimiento del propósito divino en nosotros. Son cosas buenas que se interponen entre uno y el Padre celestial, Su amor, Su perdón, Su Reino, Su plan con nuestra vida, Su propósito al crearnos. Morir a uno mismo es ceder la voluntad propia por ver la de Dios cumplida sin importar el precio que debemos pagar o cuántas muertes tengamos que atravesar; es morir a lo que uno quiere hacer, aún si es bueno, por

realizar lo que Él quiere, que siempre es mejor. Esto lo hacemos por la revelación de Su omnisciencia y soberanía; porque *“como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”* (Isaías 55:9). Si amamos un deporte más que a Dios, ése es un sacrificio que Él nos demandará. Y no hay nada de malo en que nos guste o practiquemos un deporte; pero si eso tiene prioridad sobre los planes de Dios o interfiere de alguna manera, tendremos que morir a algo bueno, para vivir a lo eterno. Esto me recuerda el testimonio de un joven, hijo de unos pastores en Paraguay, que son mis hijos espirituales. Él me comentó que tuvo que morir a su amor por el tenis, para seguir el llamado de Dios en su vida, y cómo esto lo llevó a ser de gran influencia en su territorio:

“Desde niño he asistido a la iglesia con mis padres, que son pastores. Participaba en el grupo de alabanza, pero realmente no sentía amor por Dios. Iba al servicio por tradición. La iglesia para mí era un punto de reunión con mis amigos, nada más. Lo único que realmente me interesaba era jugar al tenis. ¡Esa era mi pasión! ¡El tenis era mi vida! Jugaba muy bien e incluso participaba en campeonatos internacionales. Un día, oí a Dios decirme que Él tenía cosas más grandes para mí que el tenis. Yo sabía que Dios me estaba hablando pero no le hice caso. Quería seguir en mi mundo deportivo, porque ahí me sentía bien. Después de todo, no hacía nada malo; no estaba en vicios, ni en malas compañías.

“Un día, después de un torneo, me comenzó a doler mucho la cadera y tuve que parar de jugar. Los médicos me diagnosticaron una enfermedad muy rara llamada Epifisiólisis. Por ésta, la cabeza del fémur se desplaza hacia abajo y se desnivelan las piernas. Los doctores me dijeron que no volvería a caminar sin la ayuda de muletas, y que la única solución era un cirugía en la cual me colocarían tres clavos en la cadera. Ante semejante situación, empecé a acercarme a Jesús de corazón. Ahí, acostado en mi cama sin poder moverme mucho, empecé a buscar Su rostro, a leer la Biblia y a orar. Un día, le dije a Dios: ‘Señor yo quiero que Tú me sanes. Si lo haces, te rendiré el tenis y me dedicaré a servirte toda mi vida. Me entregaré a Ti por completo’. Se lo dije sinceramente. Sin embargo, después de tres meses todavía no podía caminar. Pero seguí confiando en Él, porque sabía que me iba a sanar. Mientras tanto, los doctores llamaban a mi papá y a mis familiares para que me llevaran al hospital a operarme. Según ellos, si no me operaba pronto, la situación empeoraría. Pero yo les decía: ‘No me voy a operar. Dios me va a sanar’. Una noche, mi padre vino a mi cuarto y decidimos que íbamos a dar un mayor paso de fe. Aunque no pudiera caminar, dejaría de usar las muletas. Así, rompimos y tiramos las muletas; por fe, empecé a caminar. La primera semana me dolía mucho la cadera porque ya tenía una pierna tres centímetros más corta que la otra. Pero seguí. No dudé de Dios, sino que seguí confiando en que Él me iba a sanar. Pasadas dos semanas,

un día me desperté y me levanté caminando normalmente; no sentía ningún dolor. ¡Mi pierna había crecido! ¡Ya podía caminar como una persona normal! De hecho, ahora puedo correr y saltar sin ningún problema. A partir de allí, me dediqué a cumplir mi parte del pacto con Dios. Le rendí mi amor y pasión por el tenis a Él y me involucré totalmente en los asuntos de la iglesia de mi padre. Al hacerlo, se activó una profecía que nos había dado el Apóstol Maldonado, que decía que la iglesia se triplicaría y que el avivamiento empezaría por los jóvenes. Antes había unos veinte jóvenes en la iglesia, y después de seis meses de morir a mí mismo, ya éramos trescientos. Donde antes no había movimiento del poder sobrenatural de Dios, ahora vemos milagros portentosos y sorprendentes. El tenis no era algo malo, pero si no moría a eso nunca hubiera visto el propósito de Dios cumplido en mi vida”.

Cristo, el Gran Ejemplo de Negación o Muerte a uno Mismo

Algo que no se ha entendido en muchos institutos y universidades cristianas es el asunto de la divinidad y la humanidad de Cristo. Sabemos y está claro que Jesús era cien por ciento Dios y cien por ciento hombre; pero donde aparecen las dudas es en cómo operó estando en la tierra –porque era un hombre, pero hacía milagros–. Era un hombre, pero perdonaba pecados; resucitaba muertos, gobernaba sobre la naturaleza y ésta le obedecía. Para esclarecer la duda, usted debe saber que Jesús era y es Dios, pero no operó en esta tierra como tal, sino como un hombre ungido por el Espíritu Santo. Siempre operó desde Su humanidad o esencia de hombre. En todo, Cristo tuvo que morir a Su deidad y negarse a Sí mismo, para que la voluntad del Padre se cumpliera en Él, siendo un ser humano. Jesús fue concebido por el Espíritu Santo, vino a la existencia por medio de una naturaleza pura, justa, sin pecado, limpia y sin mancha; pero se formó en el vientre de una mujer, descendiente de Adán, la cual era agradable al Señor, pero que estaba bajo la maldición de Edén. Al ser concebido por el Espíritu de Dios, Su

ADN no vino de Adán, sino del Padre celestial; el mismo que había creado a Adán, a Su imagen y semejanza, en inocencia y sin pecado. Por eso, entendemos que Cristo es el Segundo Adán que vino a regresar a la raza humana al diseño original divino. Entonces, ¿a qué tuvo que morir Jesús? ¿A qué tenía que morir un hombre sin pecado?

Cristo tuvo que morir al hecho de que era Dios todopoderoso.

La gran muerte que Cristo tuvo que pasar fue la de ser Dios y funcionar como hombre; *“el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”* (Filipenses 2:6-7). ¿Puede imaginar lo que fue para Jesús salir del ámbito celestial –donde era omnipresente, omnisciente y omnipotente– y venir a esta dimensión terrenal en estado de maldición para limitarse al tiempo, espacio y materia, y recibir la revelación para acceder al ámbito sobrenatural como hombre? ¿Puede imaginar lo que significó para Él tener que sujetarse al conocimiento y capacidad limitados de una raza caída? Del Lugar Santísimo, donde recibía adoración constante, descendió a un mundo en tinieblas y contaminado con iniquidad, maldad y pecado; donde quisieron matarlo desde Su nacimiento, y donde fue rechazado de muchas maneras –humillado, despreciado y deshonorado hasta lo sumo–. El Rey que merece adoración eterna, dejó atrás Su gloria, con todos Sus privilegios, derechos y atributos de Dios y Rey, para venir a hacerse igual a nosotros, en nuestra condición mortal. Si no tomó la naturaleza de pecado de Adán, fue para poder ser el sacrificio perfecto que compraría nuestra redención.

Así como sucedió con Adán y Eva, que fueron tentados una y otra vez por Satanás hasta que cayeron, Jesús fue tentado. Él no tuvo privilegios. ¿Cuál fue Su tentación? La mayor tentación que Jesús tuvo que rechazar fue la de usar Su gloria; actuar como Dios. Sin embargo, cada vez venció esa tentación porque, de haber cedido, no

hubiese podido morir por nosotros en la cruz. Si hubiera venido como Dios, Su pelea no hubiera sido justa; Su sacrificio no hubiera sido válido. Estando en el desierto, Satanás lo tentó tres veces en Su hora de mayor vulnerabilidad, cuando era más probable que cediera a la tentación. Jesús había sido llevado por el Espíritu Santo al desierto, y había pasado cuarenta días en ayuno total. En ese estado de soledad y hambre, Satanás vino a ofrecerle comida diciendo: “... *Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan*” (Mateo 4:3). Pero Jesús lo reprendió y no cedió. Como saciar Su hambre física no fue suficiente tentación, el diablo tentó a Jesús a manifestar Su poder y probar Su deidad: “*Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán...*” (Mateo 4:6). Nuevamente, Jesús lo reprendió y no cedió a la tentación de demostrar Su deidad y Su poder. Finalmente, Satanás tentó al Mesías con dominios y le reveló lo que realmente quería de Él, Su adoración. Con este fin, “*otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares*” (Mateo 4:8-9). Y entonces, Jesús le dijo: “*Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás*” (Mateo 4:10). En todas estas ocasiones, Jesucristo se negó a Sí mismo; se negó a activar Su deidad y demostrarle al tentador quién era Él. Lo más llamativo de todo, fue que al final de la tentación, el mismo Padre le envió ángeles para que lo sirvieran en pleno desierto. Jesús se negó a negociar ninguna de Sus necesidades con Satanás, sino que esperó la provisión de Su Padre. Y el Padre proveyó, honrando Su lealtad, fe y obediencia.

Cristo demostró que la tentación no es una base para demostrar el poder sobrenatural de Dios.

Mientras Jesús estuvo en la tierra, el enemigo siempre quiso tentarlo en el área de Su identidad como hijo de Dios, la segunda persona de la Deidad. Pero cada vez que le dijo: “*si eres el hijo de Dios...*” Jesús no le contestó que lo era; porque Él tenía que morir a Sí mismo como tal. Venció la tentación de decirle a Satanás, en su cara, quién era realmente, porque para Cristo era más importante mantener Su identidad y vivir en esta tierra como Hijo del Hombre que demostrar que era Dios. Si Él hubiese respondido quién era, hubiese cedido a la tentación y entonces el plan de salvación hubiese fracasado; porque así habría pecado de jactarse de Sus atributos y derechos de Su majestad divina. Para Cristo era fácil convertir las piedras en pan, pues tenía el poder para hacerlo; pero Su propósito no era ese.

¿Sabe lo que es que su peor enemigo venga y rete su identidad y usted tenga que negarse a sí mismo tres veces y no reaccionar? Jesús sabía a qué había venido, cuál era Su propósito, Su destino; pero también tenía claro cuál el tiempo para cada paso. Cristo había venido a derrotar a Satanás; lo tenía en frente, asediándolo y provocándolo. Pero Él sabía que no era el tiempo ni la manera de vencerlo. Hubiera sido muy sencillo para Jesús quitárselo de encima imponiendo Su deidad. Un solo gesto, y todo el ejército celestial hubiera venido a cumplir Sus órdenes. Sin embargo, Él enfrentó y reprendió a Satanás desde Su posición de hombre, no de Dios. Eso lo mantuvo en justicia delante del Padre. Jesús no quería demostrarle nada a Satanás, no estaba interesado en ganarle una batalla; Él sabía que había nacido para más que eso. Jesús había nacido para ser el Hombre que le aplicara a Satanás una derrota irrevocable, eterna, total e irreversible, en el tiempo y a la manera de Dios Padre.

A veces, los cristianos se niegan a morir porque ignoran su propósito en esta tierra. No saben lo que hay del otro lado de esa muerte. Desconocen el poder sobrenatural que desata la muerte a sí mismos. Ceden fácilmente a las tentaciones porque sus ojos siguen puestos en el poder humano, en el dominio terrenal, en el alimento para la carne, en la protección del “yo carnal”, en el reconocimiento,

el estatus y la posición social de cualquier tipo. Para morir, muchas veces, se necesita revelación del propósito y destino que cada uno tiene en Dios.

Un principio en el que Jesús operó como hombre, fue el de negarse a Sí mismo. No se reservó en nada, sino que se entregó por completo.

Tal vez usted se pregunte, entonces, ¿cómo hizo Jesús milagros, señales y maravillas? Ahí está lo maravilloso de lo que Él nos trajo y enseñó. Cristo los hizo desde Su humanidad, operando como un hombre ungido por el Espíritu Santo; así como yo, usted y cualquier creyente puede hacerlo, por la unción del mismo Espíritu. Jesús hizo todo lo que Adán podía hacer antes de caer en pecado; caminó sobre las aguas, reprendió al viento, calmó la tempestad, multiplicó panes y peces, tomó dinero de la boca de un pez, etcétera. Tenía dominio sobre los elementos de la naturaleza, sobre Satanás y todas sus obras, tal como Adán. Esto significa que cualquier creyente ungido con el Espíritu Santo puede manifestar milagros y derrotar al enemigo sin operar en la gloria de Dios; es decir, como un simple hombre o mujer, madre, padre, hijo, estudiante, empresario, obrero, profesional, ama de casa, político, gobernante, etcétera. Pero la condición siempre es haber muerto a la “naturaleza adánica”.

Al final de Su ministerio, vemos otra vez que Jesús tuvo que vencer la tentación de usar Su deidad; tuvo que morir Su última muerte o negarse a Sí mismo por última vez. El reo crucificado a Su lado en el Gólgota lo desafió a salvarse y salvarlos a ellos también (Lucas 23:39); pero Él se negó a Sí mismo, a usar Sus atributos divinos; le hubiera resultado fácil, como Dios, destruirlos a todos y bajarse de la cruz, pero no lo hizo. ¡Esa fue Su muerte continua hasta el último minuto! Tenía el poder para hacerlo; podía bajarse de aquella cruz y destruir a quienes lo habían llevado allí. Sin embargo, se abstuvo, se negó a Sí mismo y murió la muerte que nos correspondía a cada uno de nosotros para darnos Su vida eterna. Él sabía que para consumar la misión del Padre, debía humillarse hasta lo sumo y derramar hasta la última gota de Su sangre en aquella cruz. Sabía que para poder

abrir la puerta de la resurrección para nosotros, Él debía morir. Y en absoluta obediencia al Padre, tomó nuestro lugar... y murió. Ahora es nuestro tiempo de morir para Él.

4

El Doble Intercambio que Ocurrió en la Cruz

En todo reino, nación o país, existen leyes; una de las leyes del Reino es la del intercambio; por la cual algo de Dios viene a nosotros y algo nuestro va hacia Él. En la cruz, Cristo murió Su última y más cruenta muerte. Pero como dije antes, Él sabía por qué hacía lo que hacía. El Mesías redentor estaba activando un nuevo pacto, el cual daba lugar a un intercambio sobrenatural. Allí nuestro ADN de pecado sería intercambiado por el Suyo, santo y sin mancha. Como cabeza, el Señor siempre es quien inicia; por eso, al ver el pecado del hombre en Edén, tomó la iniciativa y proveyó el sacrificio perfecto para pagar nuestro rescate o redención. Cuando Él inicia algo, nosotros tenemos que responder. En la cruz, Jesús ofreció Su vida, Su dignidad; cargó nuestros pecados, rebeliones, enfermedades y miseria, para darnos Su perdón, santidad, sanidad y prosperidad. Él murió para que nosotros vivamos, y allí sucedió ese intercambio sobrenatural. Pero en la cruz debe ocurrir un segundo intercambio; y éste es el menos predicado en la Iglesia de hoy. ¿Cómo funciona este intercambio?

La muerte de la cruz, un camino de doble vía

La muerte en la cruz opera bajo la ley del intercambio donde vemos un camino de doble vía que incluye lo siguiente:

- **Primera vía: Cristo murió por nosotros tomando nuestro lugar en la cruz.**

Con esto logró el milagro de la redención de la raza humana, porque allí Uno pagó por todos. *“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos...”* (1 Timoteo 2:5-6).

- **Segunda vía: Para completar el intercambio, ahora, nosotros morimos para Él.**

Esa muerte implica llevar esa naturaleza caída a la cruz, por medio de rendir nuestra voluntad y morir al “yo” para que Él pueda vivir en nosotros y a través de nosotros. *“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”* (Romanos 12:1).

Esta segunda vía es la que quiero tratar en este capítulo. Dado que la muerte del “yo” no es un evento único, sino continuo y progresivo, podemos decir que vamos a tener de Dios tanto como le rindamos de nosotros mismos. Y ¿qué parte de nosotros tiene que morir para que Cristo pueda vivir? Esa parte es nuestro “yo carnal”, nuestra naturaleza pecaminosa, el “yo” egoísta, orgulloso, soberbio. Es decir que Él nos dará tanto de Sí como le hayamos dado de nosotros en muerte y sacrificio. O tanto de Él vivirá en nosotros como lo que haya muerto de nuestra naturaleza egoísta. Somos como una vasija o recipiente que no puede llenarse de dos contenidos al mismo tiempo. Cuanto más se vacíe de uno, más podrá recibir del otro. Por eso el apóstol Juan afirmaba que *“es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”* (Juan 3:30).

***La medida que tengamos de Dios será la medida en que
hayamos muerto al “viejo hombre”.***

EL INTERCAMBIO DE NUESTRA MUERTE POR LA VIDA DE CRISTO DESATA EL PODER DE LA RESURRECCIÓN

Ningún ser humano podía ni puede morir en lugar de Jesús, porque esa clase de muerte sólo podía pasarla Él —único hombre sin pecado—; pero sí podemos morir para Cristo, *“a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte”* (Filipenses 3:10). El aumento de poder siempre depende de una muerte; dado que en el Reino ya no hay sacrificio animal, luego de la muerte de Cristo, y de ser investidos con el poder del Espíritu Santo, todo nuevo aumento de poder siempre demandará un sacrificio vivo. Ese sacrificio es la muerte del “yo carnal”, de nuestro egoísmo, soberbia, orgullo, egocentrismo, de nuestra comodidad, conveniencia, seguridad, forma de pensar, de hacer y de sentir, etcétera. Si queremos ver el Reino establecido, milagros creativos, liberación de ataduras en personas, iglesias, ciudades y naciones enteras; si queremos manifestar el poder sobrenatural de Dios a niveles masivos, necesitamos mayores niveles de muerte al “yo”.

Hasta que nuestra muerte para Él no iguale Su muerte por nosotros, no tendremos acceso al total poder de resurrección.

Si Cristo tuvo que morir a Sus derechos y privilegios como Dios, como Rey del Universo, si siguió Su proceso de muerte en el Jordán, en el monte de la transfiguración y en Getsemaní, nosotros, ¿a qué tenemos que morir? Con este planteo quiero destacar que no hay límite para lo que debemos entregar en la cruz a diario. Cada uno sabe con qué lucha en su día a día; sabe lo que enfrenta, lo que le impide fluir en mayores dimensiones del poder sobrenatural de Dios. Es más, sería seguro decir que cada uno sabe a qué debe morir, porque en su interior puede discernirlo. ¿Será que usted tendrá que morir a la auto-lástima, a sentirse o tomar el lugar de víctima en cada situación adversa? ¿Tal vez debe morir a los deseos

sexuales fuera del matrimonio? O si es soltero, ¿deberá morir a las tentaciones sexuales de fornicación e inmoralidad que el mundo ofrece de manera continua? ¿Será una muerte a la ira, o al enojo, aun cuando esté en su derecho a enojarse? ¿Será que debe morir a esas reacciones iracundas, donde lo único que le importa es su “yo” y se olvida de los demás? ¿Será renunciar al miedo, a la falta de perdón, al resentimiento, a la amargura por todo lo malo que ha pasado en la vida, y las ofensas o traiciones que ha recibido? ¿O quizá tiene que morir al amor al dinero, a ambiciones personales egoístas que no tienen que ver con lo que Dios necesita de usted? ¿Tal vez se trate de morir a su manera de hacer negocios, a lo que ha aprendido de otros o del sistema financiero de este mundo, para poder prosperar a la manera de Dios? ¿Se tratará de morir a creer que puede seguir pecando porque la gracia de Cristo lo justifica todo? ¿Será que debe renunciar a algo que no sea necesariamente malo, pero que lo desvía del propósito con que Dios lo trajo a este mundo? Usted y yo sabemos a qué debe morir cada uno; porque el Espíritu Santo a todos nos muestra el sacrificio que Dios nos demanda para desatar mayores niveles de poder.

***La cruz se convierte en una señal y evidencia de nuestra
rendición a Dios.***

Los cristianos, hoy en día, tendemos a predicarle al mundo un solo lado de la cruz; que Cristo murió por nosotros... punto. Ése es el mensaje de salvación donde Él se da en nuestro lugar; y a partir de ahí, lo que queda es esperar el resto de la vida en la tierra a que podamos llegar al cielo, a las calles de oro y el mar de cristal. Todo parece indicar que, mientras estamos en la tierra no hay mucho más para hacer que orar, adorar y, a lo sumo, anunciar el evangelio de salvación a otras personas. Pero no predicamos la otra vía de la cruz, que es que nosotros debemos morir para que Cristo viva en nosotros. Esta revelación se hace una necesidad, también, cuando entendemos que nuestro propósito en la tierra demanda mucho más que solo esperar que Él vuelva en una nube por Su novia, la Iglesia.

Si tomamos la cruz en ambas direcciones, donde hay un intercambio

de vidas, podemos entender los tres mandatos que incluyó la comisión de Cristo: “Y les dijo: *Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura*”. (Marcos 16:15) y “Por tanto, *id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo...*” (Mateo 28:19).

1. El Señor nos pidió que trajéramos a la gente a la salvación. Esa es la primera muerte.
2. Nos pidió que bautizáramos a todo aquel que confiese a Jesús como su Señor y Salvador. Esa es la segunda muerte.
3. El tercer mandato fue que hiciéramos discípulos de esos creyentes. Y esto constituye la tercera muerte de aquellos que han recibido “*la potestad de ser hechos hijos de Dios*” (Juan 1:12).

***Usted debe saber para quién y para qué debe morir;
porque si no lo sabe, nunca lo hará.***

Algo fundamental que debemos entender acerca de esta muerte que Cristo nos demanda, es para quién estamos muriendo. Ninguna persona puede entrar a operar el poder de Dios sin discernir la participación de los sufrimientos de Cristo. Su cruz fue el lugar que evidenció o mostró Su madurez; porque se requiere una persona madura para que esté dispuesta a morir a sí misma por completo.

La madurez y el cambio están basados en la ley del doble intercambio en la cruz.

De igual manera, para el creyente, la cruz es una señal de madurez espiritual. Se puede decir entonces, que la madurez es el estado que se alcanza al haber entendido y cumplido el hecho de que nuestro destino es morir como Cristo, para que Él viva en nosotros y, así, poder manifestar Su gloria y Reino en esta tierra. ¿Tenemos la madurez suficiente para entender que la muerte es inevitable para extender el Reino y participar de la vida de Cristo? ¿Tenemos la madurez espiritual requerida para abrazar con gozo esa muerte, sabiendo que el *“morir es ganancia”* (Filipenses 1:21)? *“...Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”* (Mateo 16:24).

Negarse a sí mismo es una señal de la participación de los sufrimientos de Cristo y el requisito para operar en el poder de Su resurrección.

“Tomar la cruz” representa estar dispuesto a morir, a negarse a uno mismo. *“Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal”* (Filipenses 3:18-19). Los creyentes que no mueren a sí mismos son enemigos de la cruz; se rehúsan a seguir a Cristo a Getsemaní y luego al Gólgota. Quieren disfrutar de los beneficios de Su sacrificio, pero no quieren participar de Sus sufrimientos.

La negación continua nos lleva a saber que ya no vive uno, sino Cristo.

Nadie sabe cuándo le puede llegar la hora más oscura en la vida, y debe morir para ver a Dios obrar. El siguiente es el mayor testimonio financiero que he visto a Dios hacer en todos mis años de ministerio. Pero para poder verlo suceder, este empresario sudafricano, llamado Lazarus Zim, tuvo que pasar el peor momento de su vida. Yo lo conocí en la bancarrota. Lo había perdido todo; su economía y negocios habían sido literalmente devastados. En sus palabras, él me relató:

“Yo era dueño y director principal (CEO) de algunas de las más grandes compañías de minería y platino de Sudáfrica. Tenía muchas riquezas, una esposa, una familia y dos hermosos hijos. Todo iba bien para nosotros; llevábamos una vida próspera, teníamos jets privados, helicópteros y muchas propiedades.

“En 2008, todo cambió cuando la economía colapsó, afectando a todos los sectores financieros del país. Lo primero que perdimos fue el edificio de nuestro negocio, y tuvimos que vender los jets. Luego, una empresa tras otra se fue a la bancarota, y para 2012 habíamos perdido el negocio de minería. Las pérdidas eran tan terribles que llegó a los titulares de los periódicos y diversos medios de comunicación masiva. Recibimos muy mala prensa. Los amigos desaparecieron y dejaron de responder nuestras llamadas. Recuerdo que pasaban días enteros sin que recibiera una llamada en mi teléfono; hasta el punto en que pensé que había algún problema con la red telefónica. Nadie, ni familia, ni socios comerciales, ni amigos... ¡Nadie nos llamaba! Sufrimos el desprecio, el rechazo y el abandono de todos. Tuvimos que morir a tanto durante ese tiempo.

“Mi esposa y mi hija tuvieron que comenzar a trabajar en el negocio para tratar de mantenerlo a flote. Además, oraban, ayunaban, leían libros y miraban diferentes programas de ministerios cristianos, buscando una solución. En los siguientes años, la situación siguió empeorando más y más. Una noche de 2014, encendí el televisor y alcancé el final de un programa del apóstol Guillermo Maldonado ‘Lo sobrenatural ahora’. Solo pude escuchar unos cinco minutos de su enseñanza acerca de demostrar el poder sobrenatural de Dios, el cual está activo hoy. Ahí mismo supe que eso era lo que necesitaba. A partir de allí, no dejé de ver, una tras otra, las prédicas del apóstol en YouTube y me compré su libro ‘Cómo caminar en el poder sobrenatural de Dios’. Veía los servicios por Internet con mi familia. Al inicio de 2015, anunciaron un ayuno congregacional y yo sentí que debía viajar las treinta horas de vuelo para llegar a Miami, llevar una ofrenda y unirme al ayuno. Mi esposa me aconsejó no contarle nuestra historia a nadie, que no tratara de conseguir ayuda de nadie, sino que más bien dependiera del Señor para que Él me diera una

cita divina con el apóstol. Reuní el dinero necesario como pude y viajé. Llegué a Miami y me quedé por dos semanas, asistí a los servicios y un domingo, vi al apóstol y él me dijo: ‘Hijo, bienvenido. Ésta es tu casa’. Nadie nos presentó, solo sucedió. Él me regaló sus libros, oró por mí, me dio su número de teléfono personal, y me invitó a volver el siguiente mes a la Escuela del Ministerio Quíntuple. Durante ese tiempo, tuve una reunión con él, y le presenté mis contratos de negocios. Hasta ese momento, cada vez que trataba de comenzar una línea de negocios, justo antes de cerrar el contrato, todo fallaba y se perdía. El apóstol los miró y dijo: ‘Aquí hay algo que no está bien. Veo una sombra negra sobre esto; hay una maldición operando. Cada vez que tratas de hacer algo fracasas y es generacional’. Me preguntó si esto mismo les había pasado a mis antepasados y yo le respondí que sí. Mi abuelo había tenido riqueza y fama, hasta que también lo había perdido todo.

“El apóstol comenzó a orar por mí y rompió la maldición generacional de fracaso, demora y pobreza que operaba sobre mi vida. Volví a Sudáfrica y, de repente, el contrato que había estado demorado, finalmente se concretó. Lo más asombroso es que aun hoy, en mi país, la gente no entiende qué fue lo que sucedió. Mi nombre es Lázaro, y los medios de comunicación reportaron el resurgimiento de mis negocios con titulares como éste: ‘Lázaro ha resucitado’. Ahora soy el principal inversor de una de las cuatro mayores compañías de platino en el mundo, valuada en dos billones de dólares. En este momento, estoy sembrando mis ganancias en el Reino. Mi familia y yo pasamos un tiempo durísimo, en el que tuvimos que morir a muchas cosas, entre las cuales puedo contar mi orgullo y egocentrismo; pero también, tuvimos que morir a la confianza en los hombres y a operar según el sistema económico natural. ¡La maldición que había operado por generaciones, sobre mi familia, fue rota!”

5

Las Tres Etapas de Negación,

Transformación y Muerte de Cristo

Hoy en día, se predicán diferentes evangelios que suplantán el mensaje que Jesucristo nos mandó a predicar. En esta era, el evangelio de autoayuda ha reemplazado el verdadero. Enseña muchos principios cristianos que son universales –es decir, funcionan con solo aplicarlos–, pero sin la cruz y sin la muerte al “yo”, no tienen la vida de Dios. Cuando vivimos el Cristianismo sin la cruz, lo que tenemos es una religión que desprecia a Cristo y deshecha Sus caminos; no es más que una religión, costumbre y tradición que nos aleja cada vez más del Padre celestial. Los cristianos de este evangelio de autoayuda no están dispuestos a seguir los pasos del Maestro; más bien, tienen a Cristo al servicio de sus necesidades. ¿Cómo podemos llamarnos cristianos si no seguimos a Cristo en todo? ¡Qué lejos estamos de la Verdad cuando el morir al “yo carnal” no es parte de nuestro evangelio! En Cristo, nuestra vida y confesión deben ser: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gálatas 2:20).

Este capítulo es importante para que usted pueda comprender que la vida, o caminar con Cristo, no se trata solo de morir al “viejo hombre” para nacer al nuevo. Luego de eso, vienen otras muertes que tenemos que atravesar para llegar a nuestro destino y al cumplimiento del propósito que llevó a Dios a crearnos en esta generación. El proceso de negación de Cristo fue diario, pero podemos resumirlo en un proceso de tres etapas que son las más marcadas; así como Su resurrección también tomó tres etapas (tres días). Estas tres etapas se pueden señalar como negación, transformación y muerte. Veámoslas a continuación:

1. La primera etapa fue la negación de Jesucristo a Sí mismo, en el Jordán.

“Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lucas 3:21-22). La palabra “Jordán” significa “descender hacia abajo”; representa la muerte al “yo”, la muerte a la vida que llevaba antes, para dedicarse al propósito que el Padre le había dado al enviarlo a la tierra. El Jordán es el lugar donde Jesús murió a Sí mismo. Hay lugares que usted recordará siempre porque marcaron el momento de su muerte a sí mismo; donde usted pasó por una fuerte negación a sí mismo, para encaminarse al cumplimiento de su propósito.

Jesús fue un sacrificio para Su Padre en cada muerte que atravesó; lo sabemos porque la Biblia lo llama el “Cordero de Dios”. En la cultura judía, un cordero siempre es símbolo de sacrificio. Jesús fue el *“Cordero que fue inmolado”* (Apocalipsis 5:12). En esta primera etapa, Él murió a la vida que había llevado hasta ese momento. Nosotros también tenemos que convertirnos en un sacrificio vivo para nuestro Dios. Solo así recibiremos el poder sobrenatural para hacer todo lo que Él nos ha puesto delante y llevar bendición a nuestras generaciones.

***En el Reino no existen atajos hacia el poder sobrenatural.
La muerte al “yo” es el único camino legal que Dios
ofrece.***

Proféticamente, el Jordán representa:

- » Un portal al cielo
- » Un lugar de milagros
- » El punto donde comienza la próxima generación
- » Un lugar de transición
- » Un lugar de nuevos comienzos
- » El punto donde la identidad de hijos es revelada
- » Un lugar de transformación
- » Un lugar de madurez

LOS MOTIVOS QUE LLEVARON A JESÚS AL JORDÁN

Entre Su nacimiento y el comienzo de Su ministerio, la Escritura narra poco de la vida de Cristo. Apenas sabemos de Jesús cuando nace, luego a Sus doce años, cuando lo encontramos discutiendo la revelación con los maestros de la Ley; y después, recién a los treinta años, cuando aparece en una boda, convirtiendo el agua en vino, para luego ir al Jordán a bautizarse. ¿Dónde había estado todos esos años? ¿Qué había hecho? ¿Cómo se había preparado para Su ministerio? ¿Cómo le había sido revelado ese ministerio? Sabemos que había trabajado como carpintero, en el negocio de su padre natural, José. Además, había visitado persistentemente la sinagoga desde que era un niño, donde había podido ver de manera regular una situación que, año tras año, fue llevándolo a decidirse por el “Jordán”. Lo que llevó a Cristo a morir a Sí mismo en el Jordán fueron los siguientes motivos:

● **La frustración con el sistema religioso**

Cristo se presentó en sacrificio vivo en el Jordán porque había llegado a un punto de frustración con la religiosidad de Su tiempo; estaba cansado de ir a la sinagoga, al templo, y que nada sobrenatural ni nuevo sucediera. Él era el Mesías esperado, Aquel que todos los profetas habían anunciado; sin embargo, a pesar de que estaba finalmente en la tierra, en medio de quienes lo esperaban y anunciaban, éstos no podían verlo. Las leyes y normas, los hábitos religiosos que habían construido eran más importantes, para los religiosos de aquel tiempo, que recibir al Redentor prometido del Padre. No había mover del Espíritu Santo, no había presencia de Dios, ni manifestación de milagros, señales y maravillas, ni nada sobrenatural en las sinagogas –donde se suponía que lo hubiera–; los sacerdotes y escribas estaban más centrados en las reglas que habían establecido y en el miedo a perder sus posiciones, que en recibir al Mesías. Se enseñaba un Dios histórico, no del ahora; un Dios tradicional no de poder; un Dios lejano, ausente, de promesas pero no de cumplimientos. De esto, podemos concluir que el mayor enemigo de Jesucristo en la tierra no fue Satanás, sino la religión, que lo esperaba a Él siempre en el futuro, nunca en el ahora. La religión fue lo que Jesucristo más odió; fue lo que más confrontó, peleó y hasta maldijo; fue lo que lo llevó a morir muchas muertes. Él sabía que había más en Dios que como hombre no había experimentado, pero que estaba determinado a manifestarlo, sin importar cuánto tuviera que morir. Su decisión estaba tomada, y fue al Jordán a morir a Sí mismo para traer el cambio.

Todo cambio comienza con una frustración con la situación presente y una muerte.

¿Está frustrado con el sistema religioso? ¿Está harto de vivir siempre en lo mismo; de no ver el poder sobrenatural manifestado; de no experimentar la manifestación del Dios de la Biblia? ¿Está cansado de la enfermedad, depresión, religión, y de no ver al Señor hacer cosas nuevas? ¿Está cansado de esperar los milagros siempre

en un futuro que nunca llega? Nada cambiará hasta que usted se haya frustrado, hartado y cansado de lo mismo; porque solo cuando eso suceda, estará dispuesto a negarse a sí mismo. Estará dispuesto a morir a lo que sea necesario con tal de ver el cambio; así como le sucedió a Jesús. Debemos convertirnos en los mayores enemigos del espíritu de religiosidad y de todas sus manifestaciones; pero también debemos estar dispuestos a negarnos a nosotros mismos con tal de ver el cambio. No podemos permitir que la religiosidad nos robe la presencia de Dios, Su poder sobrenatural, la salvación de nuestros seres queridos, la salud de nuestro cuerpo, la prosperidad financiera, el avance de nuestro ministerio, el cambio, poder y liberación que proceden de la cruz. Si usted ha llegado al punto de frustración en el que está dispuesto a morir, amará su Jordán; descenderá a él voluntariamente, como lo hizo Jesús. Solo así estará unido a Él tanto en Su muerte como en Su resurrección; amará lo que Él ama y odiará lo que Él odia. Si usted sabe el cambio que vendrá después de su muerte al “yo”, se entregará tal como lo hizo el Mesías.

El comienzo del ministerio de Jesús estuvo marcado por Su frustración con la religión y Su disposición a morir a Sí mismo por el cambio.

LA PRESERVACIÓN DEL “YO”, ENEMIGO DE LA NEGACIÓN DEL JORDÁN

A menudo, las frustraciones que pasamos están arraigadas en algo que debemos cambiar en nosotros mismos, pero sigue en el mismo estado. Hay una parte de nosotros que nos detiene, la cual es conocida como “la preservación del ego o del yo carnal” o “el arte de la supervivencia del yo”. Por eso no vamos a una dimensión mayor; éste es el obstáculo que nos detiene. Solo cuando nos cansamos de estar siempre en un mismo lugar es cuando comienza el cambio y marcamos una diferencia.

Si usted está espiritualmente frustrado y ha llegado a la conclusión de que tiene que haber más de Dios de lo que ha experimentado hasta ahora, está en el momento justo o ideal para

morir a sí mismo por voluntad propia, y ver lo nuevo de Él. En ese momento, usted comienza a identificarse con los padecimientos y sufrimientos de Cristo. La misma pasión que lo llevó a Él a entregarse a esa muerte, a negarse a Sí mismo, será la que lo lleve a usted a negarse a sí mismo. Será su propia decisión negarse aun a cosas que ni siquiera son malas, pero que si están en su camino para ver la manifestación de Su gloria y poder, usted las quitará de su vida.

- **Hambre por más de Dios**

El bautismo de Cristo en las aguas del Jordán fue el símbolo de Su negación a Sí mismo, como el hijo del Hombre, el segundo Adán. Al levantarse de las aguas, tuvo un encuentro con el Espíritu Santo y fue lleno de poder de lo alto (Mateo 3.16). Tenía que aprender otro aspecto de Sí mismo, a través de conocer al Espíritu de Dios, el cual estaba asociado con Él y con recibir Su unción. Si Cristo hubiese venido como Dios no hubiera necesitado recibir esa unción, ni la habilidad divina para operar milagros, porque Él era y es Dios. Nosotros también necesitamos llegar a este conocimiento de nosotros mismos, como hombres y como hijos de Dios en la tierra.

Usted tiene la capacidad de decidir cuánto del Señor quiere. Él es infinito en todos Sus atributos. Siempre puede más, siempre tiene más; pero depende de uno, cuánto de eso se manifieste en esta tierra y en esta hora. Si usted no tiene hambre o si está satisfecho en su actual nivel espiritual, comenzará a estancarse y a naturalizarse; porque para alcanzar más hay que tener hambre de más y estar dispuesto a entregar más. Si no anhela más, perderá ímpetu; se desacelerará y saldrá de lo sobrenatural para volver a la rutina religiosa de lo natural. Después de un tiempo, se volverá “vino viejo”, tradicional, rígido en su forma de pensar, religioso; no verá avivamientos, no verá nada fresco ni diferente en su vida como cristiano ni en su iglesia. Solo cuando estamos dispuestos a negarnos en el Jordán es que pueden venir los avivamientos y el “vino nuevo” a nuestro territorio.

DEBEMOS ESTAR ABIERTOS A MORIR AL “ODRE VIEJO” PARA SER “ODRES NUEVOS”

Hay muchos líderes que se quedaron en el pasado; en los avivamientos pasados, en los milagros del pasado, en el mover del Espíritu del pasado, y por eso no serán parte del nuevo derramamiento del Espíritu Santo; porque “...*nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar*” (Marcos 2:22).

¿Qué era un odre? Un odre era un envase de cuero para guardar, agua, leche, aceite o vino. La piel que se usaba para hacer ese recipiente, era de animales, tales como: ovejas, cabras, bueyes y camellos. Cuando un odre se usaba para guardar vino recién fermentado, éste tenía que ser nuevo, flexible y resistente, porque de lo contrario, el odre se dañaba y el vino se derramaba. Los odres viejos se ponían a remojar en agua, lo cual era un proceso paulatino, progresivo y consistente. Éste proceso es una tipología de cómo los creyentes deben estar expuestos a la palabra revelada de Dios todo el tiempo. En la medida que los odres se mantenían en remojo, la corteza se iba ablandando hasta que el odre recuperaba su flexibilidad. Esto nos muestra cómo la Palabra va cambiando nuestras formas de pensar hasta que nos vuelve flexibles a los cambios. Si no nos sometemos a la negación del “yo”, no podremos odres nuevos para recibir los cambios que Dios quiere hacer en nosotros y en Su Iglesia en este tiempo. Cuando dejamos de ser flexibles, nos convertimos en “odres viejos”; nos quedamos a mitad de camino porque no procedemos a la siguiente etapa de muerte al “yo” y transformación. Actuamos como si ya hubiéramos terminado, alcanzado nuestro límite o terminado nuestra carrera.

Uno de los grandes obstáculos para entrar en nuevas dimensiones del poder de Dios es la mentalidad de “ya llegué”.

En mis años de ministerio, yo he llegado a la conclusión de que

la mayor tentación para aquellas personas que el Señor está usando poderosamente, es pensar que ya “llegaron”, que lo alcanzaron todo, que ya no hay más de Dios para manifestar o desatar en esta tierra. Entonces, viene la mentalidad de “ya llegué”, donde no se busca nada más, nada nuevo, nada diferente; no se busca más poder, más revelación, milagros más poderosos, señales nuevas, maravillas que impacten lo natural para llevar a más gente al conocimiento de Dios. La persona siente que ahora solo tiene que dedicarse a mantener lo recibido; sin aumentar, sin crecer, sin pasar a nuevos niveles de ese poder y esa gracia que Dios le ha dado. Si uno cede a esta tentación, deja de empujar más allá, de orar, de buscar Su presencia por encima de lo ya experimentado; deja de ofrecer sacrificio a Dios, de presentarse como sacrificio vivo, de adorar, de ayunar, de dar pasos de fe más grandes e, inevitablemente, se desacelera.

La tentación viene porque al ver un pequeño éxito, o incluso uno grande, pensamos que ya lo tenemos todo, que ya llegamos, que no hay nada más que alcanzar. Yo diría que eso revela el corazón del hombre, porque cuando uno se conforma con un éxito regular, grande o pequeño, está pensando en sí mismo y no en Dios ni en Su Reino. Cuando uno se conforma es porque lo que buscaba era satisfacer su propia ambición, cumplir su propia agenda. Si ya se siente realizado, no buscará mayor crecimiento; porque eso es todo lo que necesita para sí mismo, y se dedicará a mantenerlo para no perderlo. Si usted se reconoce en ese estado, yo hoy lo invito a orarle al Espíritu Santo por una expansión en su mente y corazón, para poder ver lo infinito de Su Reino y de Su poder para traer transformación a más áreas. Mientras la tierra entera no haya oído el evangelio de Cristo, habrá más trabajo por hacer y más por alcanzar. El Reino de Dios está siempre en expansión, y el Señor sigue anhelando llenar la tierra del conocimiento de Su gloria y que más hijos procedan a la salvación. Ése es Su corazón, Su agenda, la cual incluye a todo ser humano que aún no lo ha conocido, que no ha experimentado Su amor, perdón, restauración y poder sobrenatural en su vida. Cuando un pastor tiene en su corazón la agenda de Dios, nunca deja de crecer, ni de buscar más y más de Él porque sabe que

el Reino está en permanente expansión. Sabe que su propósito es establecer y extender ese Reino en la tierra hasta el último día de su existencia aquí.

Yo soy un ejemplo vivo de eso; siempre tengo más hambre de Dios y siempre quiero más de Él. Nunca me conformo, siempre estoy empujando los límites, removiendo barreras de crecimiento, de madurez, buscando mayores dimensiones de poder, de gloria, de milagros y de revelación. En mi interior, siempre arde la pasión por alcanzar al perdido, sanar al enfermo, libertar al cautivo y edificar al Cuerpo de Cristo. Soy un hombre imperfecto que comete muchos errores, pero tengo hambre de Dios, de Su presencia, de Su Palabra y de que Su voluntad sea hecha en la tierra así como en el cielo. Estoy contento y agradecido con lo alcanzado hasta hoy, pero no me conformo donde estoy; no me conformo con todos los milagros que he visto; no me conformo con todas las almas que se han salvado; no me conformo con las finanzas, con las cruzadas, con la edificación que hemos alcanzado; ¡siempre quiero más de Dios! Somos un ministerio que todo lo que ha construido lo ha construido sin deudas económicas. No le debemos nada a nadie. Podría recostarme a disfrutarlo, pero no me conformo. Mientras quede un alma sin salvar, un enfermo sin sanar, una vida sin transformar, y generaciones por venir al Reino, ¡yo quiero más! Porque la tierra debe ser llena del conocimiento de la gloria de Dios y de Jesucristo y Su obra en la cruz, y éste resucitado. Yo me considero enemigo de la religiosidad y del estancamiento en cualquier área, tanto como lo era Jesús. Por esa razón, muero una muerte voluntaria cada día; me vacío de mí, me niego a mí mismo por ver a Cristo crecer más en mí y por extender Su Reino y verlo avanzar. Nunca considero haber llegado ni terminado; porque siempre hay nuevos territorios donde extender Su Reino. Y esa misma pasión la imparto a todos mis hijos espirituales.

Debido a la falta de hambre y sed espirituales tenemos un déficit de poder y presencia de Dios en la Iglesia.

2. La segunda etapa es la transformación de Cristo en el monte

de la transfiguración

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz... una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:1-2, 5). Esta transformación de Cristo implicó lo que moría de Él para que pasara de operar en la unción a operar en la gloria –siempre como hombre, no como Dios–; lo cual implica un nivel de poder ilimitado.

Así Jesús nos iba abriendo el camino y dejándolo marcado para que nosotros también pudiéramos recorrerlo después, en pos de Él. Hasta este punto, los discípulos habían visto a Jesús operar en milagros, señales y maravillas bajo la unción del Espíritu Santo, pero no lo habían visto nunca rodeado de Su gloria; esta transformación fue una experiencia mayor que la que había ocurrido en el río Jordán. Allá había sido afirmado como Hijo de Dios, pero aquí era afirmado y visto en Su gloria; esto es otra dimensión, mayor que la anterior. ¡Y todo, siempre como hombre! Luego de esta transformación fue que Cristo hizo Su entrada triunfal en Jerusalén (Mateo 21:7.9); hizo la purificación del templo (Mateo 21:12); maldijo la higuera que representaba la religiosidad de los sacerdotes del templo (Mateo 21:18-19), y comenzó a anunciar Su muerte.

***La transfiguración del monte fue lo que marcó la
identidad de Jesús hombre, como hijo de Dios,
manifestado en gloria.***

Cristo podría haberse acomodado en cualquiera de los grandes milagros que realizó, como cuando resucitó a Lázaro o convirtió el agua en vino, por ejemplo. Pero Su hambre de Dios, de lo sobrenatural, de alcanzar la plenitud de Su propósito y el poder para completarlo, lo llevó a una transformación total. Su cambio fue innegable y muy evidente. Esto mismo debe suceder con nosotros; debemos permitir que Dios nos transforme a tal grado que la gente

no pueda negar que hemos estado en Su gloria. Cristo no se conformó ni se quedó en el ámbito de la unción, sino que hizo la transición a la gloria; para lo cual otra muerte tomó lugar.

La transformación es, para usted y para mí, el único camino legal al poder sobrenatural de Dios que se desata en Su gloria, para ejercerlo en esta tierra conforme a Su voluntad y planes. En la naturaleza de Jesús no estaba el conformarse ni estancarse; si tenemos Su naturaleza, nosotros siempre debemos estar dispuestos a una muerte de transformación para desatar mayor poder y gloria de Dios en nuestro territorio.

La muerte o negación a Sí mismo fue el medio para que Jesús acumulara poder. Por eso Dios le dio una unción sin medida.

A veces, llega un momento en la vida o en el ministerio en que vemos que no podemos pasar de cierto punto. Es como si hubiéramos agotado o alcanzado el nivel máximo de la unción que manejamos; y nos damos cuenta de que si queremos avanzar a lo próximo que Él tiene, necesitamos algo más. Necesitamos una transformación de mente y corazón. Ahí es donde viene esa muerte de transformación y recibimos poder para romper toda oposición y volver a poner todo en movimiento de avance y conquista para expandir el Reino a territorios que no habíamos podido llegar antes. Quizá usted ya pasó la primera muerte en su ministerio, en su familia, en su negocio, empleo, estudios, en su carácter, madurez espiritual, liberación, y se encuentra frente a la posibilidad de quedarse allí donde ha llegado, o de buscar un mayor nivel de poder o de pasar al ámbito de la gloria de Dios, donde Él se mueve sobre toda situación y remueve todos los obstáculos. ¿Cuál será su decisión? ¿Se estancará o está dispuesto a pasar la muerte que eso requiere?

El próximo nivel de poder y gloria en su ministerio está detrás de su próximo nivel de muerte a todo aquello que lo detiene. El pastor Lawrence Boikhutso, de Botswana, África, tenía una iglesia de cien personas en una de las zonas más difíciles de evangelizar en su territorio. Pero no se conformó. En sus palabras él testifica lo siguiente: “Yo comencé mi ministerio hace dos años, en Botswana, África. Un día vi al apóstol Maldonado en el programa de televisión de Sid Roth. Al verlo predicar exclamé: ‘¡Dios, yo quiero eso! ¡Yo quiero eso para mi ministerio!’ No me quería conformar con lo que había alcanzado de Dios hasta ese momento. ¡Quería más! Quería Su poder para hacer milagros y para crecer, para multiplicarme. El apóstol dijo que daría una impartición en ese momento, y yo me postré de rodillas frente al televisor y recibí eso con todo mi corazón; y el Espíritu de Dios vino sobre mí. A partir de ese día, mi

ministerio fue acelerado. Seis meses después, mi iglesia pasó de cien personas a mil quinientas. Y esto es en un lugar donde la iglesia más grande es de 150 miembros. Este último fin de año, hicimos una celebración a la que asistieron más de cuatro mil personas. Al comenzar a ver el crecimiento, compré todos los libros del apóstol Maldonado; mientras los leía, veía también sus prédicas, para aprender a caminar en lo sobrenatural. Uno de los testimonios más impactantes que he visto desde entonces es el de una mujer que recibió un llamado del hospital para informarle que su madre había muerto. Ella hizo todos los arreglos para el funeral y luego me llamó para informarme y pedirme que fuera a orar por ella. Yo fui al hospital, oré por ella y declaré vida sobre su madre. Aquella mujer que había sido declarada muerta hacía más de dos horas, volvió a la vida. ¡Resucitó! Ese día, frente al televisor, yo morí a mi vieja manera de hacer las cosas para Dios; morí a la mentalidad de lo imposible, morí a mí mismo para ver a Dios hacer más de lo que había soñado”.

3. La tercera etapa fue la muerte de Cristo por la rendición total de Su voluntad *“diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (Lucas 22:42).

Esta muerte de Jesús ocurrió en el Huerto de Getsemaní. La palabra “Getsemaní” representa una prensa de aceite. Allí Cristo fue presionado hasta lo sumo; fue tan duro lo que pasó que llegó a sudar gotas de sangre. El Jordán y el monte de la transfiguración no habían sido experiencias tan intensas como ésta que ocurrió en Getsemaní. Aquí Él alcanzó un punto en Su vida en el que se trataba de morir por completo a Su voluntad humana; esta muerte incluía Su espíritu, alma y cuerpo pues debía abrazar Su muerte física en la cruz, la cual era inminente. Era una muerte total, para recuperar y devolvernos la gloria que Dios le había dado a Adán. Es difícil pensar que Cristo haya tenido que luchar para rendir Su voluntad, pero lo cierto es que no podía enfrentar la cruz si primero no moría por completo a Sí mismo, antes de ser apresado. Si de esto se trata, podemos decir que Jesús murió primero en Getsemaní, y después en el Gólgota. En

otras palabras, la cruz fue la obra externa de una muerte que ya había ocurrido en Su corazón, cuando Él decidió tomar la copa que el Padre le había dado a beber durante Su oración en aquel huerto. Él había muerto a Sí mismo horas antes de ser entregado a los soldados romanos para Su tortura y crucifixión.

Para Cristo, Getsemaní fue el último acto de Su voluntad, y Su decisión fue renunciar a Sí mismo. Como hombre, vivió para caminar en la voluntad de otro, la del Padre.

¿Está usted presionado por todos lados? ¿Será que Dios le está demandando una nueva muerte? ¿Será que ha llegado a su Jordán, a su monte de transformación o a su Getsemaní? ¿Será que es el día en que su voluntad debe morir para que el propósito de Reino, que está en usted, pueda ver la luz? ¿Será que tiene algo que entregar a Dios en el altar? ¿Será su negocio, familia, una relación cercana? ¿Será algo que es de mucho valor para usted? ¿Será dinero, un pasatiempo, una actividad, una mentalidad? ¿Será más tiempo de oración, de ayuno, de búsqueda de la presencia de Dios? ¿Será mayor santidad, mayor pureza, inocencia? ¿Será un mayor grado de humildad, de fe, de osadía, de riesgo? Cualquiera sea la demanda de muerte que Dios le está haciendo, no la demore ni la posponga; tome la decisión de morir a sí mismo ahora. ¡Rinda Su voluntad a la de Dios! Getsemaní fue la muerte final de Cristo, y también puede ser la suya. Nadie dice que sea fácil; ni siquiera lo fue para Jesús. Pero recuerde que Él no lo hizo en el poder de Su deidad; lo hizo como un hombre de carne y hueso. Él no tomó el camino de la desobediencia de Adán, sino que escogió obedecer al Padre y, con esto, abrió un nuevo camino (Hebreos 10:20). Ésta es la muerte que todos necesitamos morir para cumplir nuestro propósito completo; para empezar a ser relevantes en el avance del Reino de Dios. Si quiere ver toda la voluntad del Padre celestial cumplida en su vida y en sus generaciones, siga empujando a ese nuevo lugar en Dios; orando, ayunando y buscando Su rostro; muriendo voluntariamente la muerte a su voluntad en lo que sabe que debe entregar hoy.

***Donde hay muerte a uno mismo, el cambio es inminente y
el poder sobrenatural se desata.***

Meditando en toda la gente que conozco que ha decidido morir a sí misma con el fin de ver a Dios obrar, recuerdo el testimonio de Javier, un hijo espiritual, cantante de Rap muy famoso, que ha pasado varias muertes. En sus propias palabras, su historia es la siguiente:

“En mi vida, el éxito profesional empezó siendo yo muy joven. Recién graduado de la Universidad de La Habana como Diseñador Gráfico, me incliné a una pasión que siempre había perseguido, la música. En el año 2000, bajo el nombre de *Javier Voltaje*, formé el grupo de Rap cubano Clan 537 y nuestro éxito creció en cuestión de meses. En poco tiempo, fui captado por *Sony Music* Europa, compañía con la que firmamos nuestro primer contrato, y me fui a vivir a Italia. Permanecí allí hasta 2005, cuando empecé a tener la idea de mudarme a Estados Unidos. Con este sueño en mi corazón, desintegré el grupo y me vine a la ciudad de Las Vegas. En esa ciudad, mi primer año fue muy confuso. Yo practicaba la brujería y la santería, tenía muchas mujeres, consumía drogas y más. Todo esto me provocó graves problemas en mi matrimonio y estuve a punto de perder a mi esposa, Gloria. Ella era enfermera profesional en Italia, y ganaba mucho dinero en su trabajo; ya tenía su vida hecha, pero había decidido irse conmigo y dejarlo todo para apoyarme. Yo, sin embargo, después de 18 años de estar con ella la estaba abandonando por la brujería, las adicciones y el adulterio. Con todo esto operando en mi vida, pronto llegó un punto en el que toqué fondo. Para ese entonces estaba tan adicto a la droga que llegaba a consumir hasta 3 gramos de cocaína diarios; y esto me hundía en un mundo oscuro del que no podía salir.

“En estas condiciones, Dios tuvo misericordia de mí. Un día, mientras me daba un baño, sentí que una voz me hablaba sin cesar y me decía: ‘Cuéntale a tu amigo Emir López todo lo que haces’. Emir López es un señor cristiano que me ayudó mucho en mi carrera. En ese entonces, mi esposa tenía tres meses de embarazo; llevaba en su

vientre a mi primer hijo, Christian, y yo le dije a ella: ‘Mañana, nuestra vida cambiará’. Se lo dije para calmarla, pero la verdad es que yo sentía mucho dolor y un fuerte deseo de morir. Ella me contestó: ‘Tu hijo se está moviendo’. Esas palabras me hicieron sentir el amor de Dios por primera vez en mi vida.

“Al siguiente día, hablé con mi amigo cristiano Emir y recibí a Jesús como mi Señor y Salvador. En ese momento, comenzó mi transformación. Durante cinco años asistí a una iglesia cristiana donde me ayudaron mucho y me enseñaron a renunciar a muchas cosas malas. En esos años, el Señor me prosperó y empezó a levantar mi fe. Un día, en 2010 prendí la televisión y vi al apóstol Guillermo Maldonado predicando; su mensaje era diferente a lo que yo había conocido de Dios hasta ese instante. Mi esposa y yo comenzamos a congregarnos en el Ministerio Internacional El Rey Jesús, cada domingo y jueves, a través de Internet. En uno de esos servicios, el Apóstol hizo un llamado diciendo: ‘Abandona lo que tengas y ven a buscar tu llamado’. Nosotros tomamos esa palabra de forma literal y decidimos mudarnos a Florida e integrarnos a la visión de El Rey Jesús.

“Llegamos a Miami en 2011, con nuestros dos hijos y mi madre recién venida de Cuba. Al principio, fue muy difícil; dormíamos en el piso del pequeño departamento de mi cuñada. Ese comienzo fue tan duro que, varias veces, pensé en regresarme a Las Vegas; pero Dios me hablaba una y otra vez a través del Apóstol. Entonces, mi carrera como cantante empezó a ir en ascenso; al poco tiempo, grabé el CD “Con la verdad de mi tierra”, y eso me ayudó a reponerme económicamente. Empecé a viajar por varios países, y mi CD recibió una nominación para los Grammy Latinos. Sonaba en todas las estaciones de radio. Esto me abrió las puertas para tocar junto a *Pitbull* en su gira por México. Hicimos un gran concierto en Cancún, en el Estadio de Fútbol de Quintana Roo, donde hubo un lleno total, con más de 15.000 personas. Pero allí algo pasó. Terminado el evento, en lugar de sentirme feliz y festejar, sentí que algo en mí no marchaba igual. Mientras cantaba, Dios me mostró que estaba promoviendo el pecado en el público que había asistido. Veía a los jóvenes, mujeres y hombres drogados, tomando alcohol y en perversiones sexuales; y sentí que yo estaba provocando eso. Arrepentido, regresé a Miami dispuesto a renunciar de inmediato a la disquera y a la música secular. Y así lo hice. A partir de ese día, rendí por completo mi carrera de cantante profesional a Dios. Ya no me importó más el dinero ni la fama; estaba decidido a morir a todo con tal de obedecer lo que había sentido del Señor. Nunca más volví a un escenario a cantar ese tipo de música. En el año 2013, lancé mi primera canción para el Reino: “Hay solamente un Rey”. Ese tema me llevó a todas las radios cristianas del mundo. Le habíamos pedido a Dios que nos permitiera servirle más y mejor, y Él oyó nuestra oración. Ahora, mi esposa y yo somos líderes espirituales del Ministerio El Rey Jesús; los dos somos mentores, tenemos varias Casas de Paz, servimos en las Misiones junto al Apóstol, trabajamos en eventos de evangelismo donde siempre se salvan muchas almas, y todo el talento y la experiencia obtenida en nuestra vida se la entregamos a Dios. Él nos ha confiado un gran llamado para servir junto a nuestro padre espiritual, quien nos ha guiado por el camino de la madurez y el compromiso con el Reino y la visión de nuestra

casa. Nuestro día a día, hoy, se resume a una vida gloriosa en Cristo; nuestro matrimonio fue restaurado totalmente, mis hijos están siendo educados en los valores del Reino de Dios, mi negocio marcha muy bien y, sobre todo, siento una inmensa felicidad por servirlo. Hoy mi música es un vehículo para llevar un mensaje de amor, salvación y esperanza a las nuevas generaciones”.

6

Consecuencias de no Negarse a uno Mismo y Beneficios de Negarse a uno Mismo

Primero, repasemos, de manera breve, las consecuencias que vienen cuando uno decide, de propia voluntad, no morir a la naturaleza egoísta de pecado, al “viejo hombre”, contrario al que resucita con Cristo. Luego, veremos los beneficios de hacerlo. Cuando no morimos a ese “yo carnal” las consecuencias son las siguientes:

- **La carne o naturaleza pecaminosa vuelve a crecer.**

No hay tal cosa como quedarse en un lugar sin que haya un retorno a viejos pecados, sin que nos distraigamos con las cosas vanas de la vida. El negarse a la próxima muerte que nos toca es dar lugar a que el espíritu de este mundo nos comience a seducir, a que se produzca la desaceleración espiritual que nos lleva a pasar de lo sobrenatural a lo natural.

- **Cuando usted para de morir a sí mismo deja de ser cambiado y transformado.**

Necesitamos vivir de manera permanente, en un cambio continuo y una constante transformación. Si queremos ser como Cristo, a Su imagen y semejanza, necesitamos formar Su carácter en nosotros, amar lo que Él ama y odiar lo que Él odia. Debemos hacer efectiva Su muerte a través de la nuestra propia.

- **Pierde percepción espiritual.**

Cuando usted se niega a morir al “yo” su percepción espiritual se debilita, porque la misma depende de su conexión con Dios. Cuando se niega a una muerte que Él demanda, deja de ver como Él ve y de sentir lo que Él siente. Pierde contacto con Su corazón y con la esencia misma de su existencia.

- **Cuando deja de morir al viejo hombre vuelve a hacer lo mismo que solía hacer antes.**

Es fácil notar cuando a un cristiano le sucede esto. De inmediato, se lo ve volver a atender los reclamos y “derechos” de su carne, justificando su accionar con todo tipo de excusas. Por eso es que nunca debemos retroceder en el proceso de negarse a uno mismo.

- **Se torna insensible a la presencia de Dios.**

Cuando el corazón está puesto en otros intereses, en otras prioridades, cuando la muerte al “yo” deja de ser importante, vamos a la casa de Dios y Su presencia no nos conmueve; nuestra vida de oración se seca y se vuelve mecánica o desaparece. Si usted está atravesando algo así, ésta es una fuerte alerta de que se ha negado a morir a sí mismo y su “yo” en alguna o varias áreas y la carne está tomando el control de su vida otra vez.

- **Cuando para de morir a sí mismo se estanca espiritualmente.**

El crecimiento espiritual siempre está conectado con la negación a uno mismo. Desistir de esta muerte diaria, es un camino directo al estancamiento.

- **Se vuelve mecánico y rígido en todo lo que hace.**

En estas condiciones se pierde la vida y actividad del Espíritu y la persona comienza a funcionar con glorias pasadas. Siempre recuerda lo que Dios hizo años atrás, pero no tiene nada nuevo en el presente. Esto es señal de que tiene una muerte pendiente.

- **Cuando para de morir, pierde la bendición que ha recibido.**

Las bendiciones de Dios están conectadas con la obediencia y con la vida de Dios en el creyente. Si uno se niega a obedecer las demandas de muerte del Padre, las bendiciones comienzan a diluirse y a perderse.

- **Regresa a los viejos hábitos y maneras de pensar.**

El enemigo vuelve a encontrar un acceso a su mente, para sembrar otra vez los pensamientos de miedo, incredulidad, conformismo, imposibilidades, rechazo, etcétera, que la muerte al “yo” había arrancado de su mente. Y la persona vuelve a su condición anterior.

- **No podrá mantener su liberación y sanidad.**

La liberación y sanidad que usted recibe de Dios proceden de la obra de Cristo en la cruz; de Su muerte. Si usted decide dejar de morir juntamente con Él, todo lo que viene de allí, lo pierde. Entonces, los demonios vuelven a encontrar la entrada libre a su vida, y ocurre lo que describe Mateo 12:43-45.

- **El flujo de la actividad espiritual sobrenatural cesa.**

Dejar de negarse a uno mismo produce la inmediata desaceleración de nuestro espíritu, y toda la actividad sobrenatural cesa en nuestro día a día. Donde antes había milagros, ahora habrá una esperanza futura, vacía de la fe de Dios. Donde antes había transformación de vidas, habrá legalismo. Donde antes había liberación, se recurrirá a la psicología humana o la consejería. Donde antes había salvación, ahora habrá religión, etcétera. Si no hay un sacrificio permanente sobre el altar, tarde o temprano, viene el estancamiento, la desaceleración; a los cuales seguirán el retroceso a lo natural y el retorno a las maldiciones. Sabemos que lo natural es lo sobrenatural desacelerado, y lo sobrenatural es lo natural acelerado. Entonces, cuando perdemos la velocidad de lo sobrenatural en nuestra vida, descendemos nuevamente al ámbito de lo natural –ámbito dominado por el tiempo, el espacio y la materia– y, poco a poco, el pecado comienza a entrar. Eso activa ciclos de maldición que nos alejan de las bendiciones del Padre celestial, de Su voluntad, propósito y destino. Bajo maldición no se puede dar fruto en el Reino de Dios.

- **Cuando para de morir a sí mismo, usted no puede ejercer su fe.**

La fe es la moneda del cielo, de la eternidad. Cuando deja de ocurrir la muerte al “yo”, nos quedamos sin recursos en la eternidad.

El poder sobrenatural de Dios requiere una muerte voluntaria, la cual es vaciarse de uno mismo.

BENDICIONES DE MORIR A UNO MISMO

Como en todo lo que Dios nos demanda, en negarse o morir a uno mismo también hay un propósito, un “para qué” lo tenemos que hacer; y además, siempre hay una bendición que acompaña a esta sumisión de nuestra voluntad a la de Dios. Vamos a ver cuáles son

esos propósitos y bendiciones:

1. Negarse a uno mismo es la forma más efectiva para sostener continuamente la bendición.

En la mayoría de los casos en los que la gente no puede mantener su bendición, o no puede vivir en sanidad del alma y liberación de las ataduras del pasado, es porque ha dejado de negarse a sí misma, a sus deseos carnales, a su voluntad pecaminosa; ha parado de crucificar la carne y sus pasiones. Por eso vuelve a su condición pasada y a veces peor; por eso, el consejo bíblico dice: *“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos”* (Efesios 4.22). Por el contrario, el beneficio de morir al “yo” hace que podamos permanecer en libertad y bendecidos; porque *“conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:32).

La condición para ser libre y continuar siendo liberado es morir al “yo”.

2. Sostiene permanentemente el cambio y la transformación.

Ninguna transformación o cambio es permanente si uno no renueva la mente y se niega a sí mismo de continuo. No hay tal cosa como ser transformado una vez y ya; la primera transformación, que toma lugar cuando nacemos de nuevo, es apenas el inicio del proceso. La transformación produce cambios que solo se pueden sostener si uno continúa muriendo a uno mismo cada día, de manera constante y progresiva. Si usted quiere sostener el cambio que Dios ha hecho en su vida, debe morir una nueva muerte.

3. Mantiene abierto el acceso a la presencia de Dios.

Lo que nos da acceso a la presencia de Dios es la sangre de Cristo, pero lo que mantiene esa entrada abierta es nuestra muerte diaria. Y la realidad de la manifestación de esa presencia será de acuerdo a la muerte del “yo carnal”. Su cuerpo físico lo mantiene a usted consciente de la realidad terrenal a la que está sujeto; por tanto, mientras no muera a esa realidad, su vida física o natural y su “yo carnal” serán más reales para usted que Dios. Eso significa que usted es su propia realidad, que está consciente de sí mismo más que del Señor, Su presencia y Sus planes; que su “yo” es más real que la presencia del Señor. Es decir, vive para sí mismo, para su “yo carnal”. Es como decir: *“Yo quiero mi propia realidad; quiero mi propia presencia y no la de Dios”*. En cambio, cuando muere a ese “yo”, la presencia de Dios es más real, y le resulta fácil sentirla y entrar en ella para operar en la tierra la voluntad del Padre como es en el cielo. Entonces, podemos concluir que lo único que se interpone entre usted y el próximo nivel de poder al que Dios lo quiere llevar es su falta de muerte a sí mismo.

La muerte al “yo carnal” siempre le dará acceso al poder y a la presencia de Dios.

4. Morir a uno mismo hace más fácil caminar en el ámbito espiritual.

El bautismo con el Espíritu de Dios es la iniciación y la activación del ámbito espiritual dentro de usted; ahora, ese ámbito vive en su interior por medio del Espíritu Santo. Usted está consciente de Dios en su interior; a partir de ahora, lo real es lo que está dentro y no lo de afuera. Cuando uno está consciente de Dios dentro de sí mismo, lo que está fuera ya no es real, porque lo real por dentro determina lo real afuera. Entonces, lo que ve externamente es la proyección de lo que ve adentro. Cuando muere a sí mismo tiene menos carne, está

crucificado –muriendo a su “yo”–; entonces, se vuelve más sensitivo, percibe más la dimensión espiritual (Gálatas 2:20); vive en una dimensión por encima de la natural corrupta, desde donde es más fácil desatar lo sobrenatural en este mundo. En palabras más sencillas, está más consciente de Dios y puede discernir Su voluntad y manifestar Su poder con mayor efectividad en la tierra. Su vida cobra mayor sentido de propósito eterno y usted se vuelve relevante para su generación.

Saber y percibir en el ámbito espiritual vienen de un lugar de muerte a uno mismo.

5. Cuando usted muere a sí mismo se acelera su madurez espiritual.

“Pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5:14). Una de las señales de inmadurez es el egoísmo, el cual apesta en las narices de Dios; porque la persona inmadura siempre está pensando en lo que le conviene a su “yo carnal”, a su egoísmo, en ser el centro de todo, en su comodidad y conformidad. La madurez revela la muerte a ese “ego”. Es decir, la muerte a uno mismo es medida, no por el nivel de fe, sino por el nivel de madurez que uno haya desarrollado. Cuando un hombre es maduro, Dios lo pone en su asignación, y a partir de allí está en camino a cumplir su propósito en la tierra. Así que no se sorprenda cuando Dios le presente oportunidades para que muera a sí mismo a diario, porque por medio de eso lo está llevando a su propósito. Esa es la única manera legal de llegar. Si en vez de quejarse o tenerse lástima a sí mismo, usted toma esas oportunidades, Dios lo llevará a otro nivel de madurez, de poder y de gloria, en casa, en el trabajo, en la iglesia, etcétera.

6. La muerte a uno mismo nos da acceso al poder sobre-natural de Dios.

“Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma...” (Jeremías 6:16).

Morir al yo es una de las sendas antiguas hacia el poder sobrenatural de Dios. Cuando hay una muerte voluntaria del “yo carnal”, el poder está garantizado.

Ni siquiera Jesús recibió el poder para ejercer Su ministerio hasta que estuvo dispuesto a morir, y Él no tenía pecado. Hoy en día, la gente quiere el poder y la presencia, pero sin renunciar a nada; quiere seguir llena de sí misma, sumida en su egoísmo y que Dios trabaje para sus causas egoístas. En esas condiciones, si recibiera el poder no sería para bendecir al pueblo, sino para su propia gloria; para la satisfacción de sus propios deseos y ambiciones. ¡Esto es muy peligroso! Por eso Dios le cerró a Adán el acceso al Edén; su egoísmo lo había vuelto peligroso para sí mismo y no podía ejercer más aquel poder hasta que muriera a ese “yo” rebelde y desobediente. En el momento en que Cristo, el segundo Adán, tuvo un encuentro con el Espíritu Santo, fue empoderado y autorizado para llevar a cabo Su asignación en la tierra. Dios Padre lo llenó de Su poder porque estuvo dispuesto a morir a Sí mismo. Así también lo hará con usted cuando esté dispuesto a seguir los pasos del Mesías.

Donde usted muera a sí mismo, será el lugar donde Dios lo empodere. Cuanto más se muere al “yo” más fácil es el acceso al poder sobrenatural.

Yo he pasado por ese proceso y sigo pasando. En cada nivel de muerte he visto mayores niveles de manifestación del poder y la gloria de Dios. Hace poco, viajé con mi equipo de misiones a Mississippi, donde experimentamos una demostración del poder sobrenatural de Dios extraordinaria. El profeta Brian Carn me invitó

a su “Visitation Conference” en Jackson, Mississippi, para que predique acerca de cómo trabajar y operar los milagros. Yo llevé a veinte de mis evangelistas para que me ayuden a ministrar los milagros y a demostrar que Dios puede usar a todos Sus hijos. Lo que Dios hizo aquella noche fue poderoso. Luego de predicar, el poder de Dios cayó sobre aquel lugar y en cuestión de una hora, sucedieron más de cien milagros. Todos los que recibieron esos milagros ya eran cristianos, hijos de Dios, que se decidieron a recibir su milagro y a tomar lo que les pertenece. Se abrieron ojos ciegos, se sanaron problemas de visión y sordera. Una mujer tenía clavos de metal en sus tobillos y estos se convirtieron en hueso, desapareciendo todo rastro de metal. Otra mujer llamada Paulette Hawthorne testificó que en 1995, por una caída, se quebró la pierna izquierda justo arriba del tobillo. Le hicieron una cirugía y le colocaron una placa de metal, que una vez soldada con sus huesos no podría ser removida jamás porque se encontraba cerca de un nervio mayor. Pero la placa le provocaba un dolor constante en la pierna. Durante la ministración fue completamente libre. ¡Aquel dolor tan intenso desapareció por completo! También ocurrieron muchas liberaciones, desaparecieron hernias y distintos dolores, desaparecieron metales en los discos de una espalda, se desinflamaron piernas enfermas, dos mujeres se pararon de sus sillas de ruedas. Una de ellas, Pat Cooke, tenía celulitis en sus pies y tobillos desde hacía más de diez años. La infección era tal que no podía caminar sin ayuda. Había sido hospitalizada varias veces debido a esto. Pero en un instante, fue sanada y comenzó a correr por todo el altar.

Dos testimonios en particular fueron muy destacables. Un obispo de Chicago, llamado John había viajado a apoyar la conferencia. Hacía tres meses había sido diagnosticado con glaucoma en su ojo izquierdo. Su visión era tan borrosa que se había comprado un teléfono especial con letras muy grandes para poder verlas. Durante la ministración, allí, en su asiento, sintió el fuego de Dios que lo quemaba. Llevó sus manos a sus ojos mientras yo declaraba el poder sobrenatural para sanar. Cuando quitó sus manos de sus ojos y miró

las letras normales en su teléfono, seguía sin poder ver. Entonces, volvió a colocar sus manos sobre sus ojos y siguió creyendo. Volvió a mirar su teléfono y nada. Determinado, siguió creyendo en fe, y puso sus manos por tercera vez sobre sus ojos mientras el fuego de Dios lo seguía quemando. Cuando pasó a compartir su testimonio dijo: “Yo creí en fe que había recibido mi milagro y quité mis manos de mis ojos por tercera vez y miré mi teléfono, ¡y pude ver claramente! Sacudí a mi esposa diciendo: ‘Cariño, ¡puedo leer estas letras que no podía ver antes!’ Estoy tan feliz de haber recibido la sanidad total de mis ojos”.

Riva Manfree, también en la concurrencia, había viajado desde Alabama para asistir al evento. Ella testificó que había sido diabética por más de cuarenta años. Desde hacía veinte años, tenía que inyectarse insulina doce veces por día. Tenía una angioplastia, dos stents, un balón, cinco bypass y cirugías a corazón abierto. Dependía de un caminador para estar de pie. Como creyente, había pasado muchas veces al altar, durante aquellos veinte años, para recibir su sanidad; nunca había renunciado a su fe en Dios para sanarla. En la mañana de la conferencia, su nivel de azúcar en sangre era de 300, y por fe ella decidió no inyectarse la insulina después del almuerzo. Al final de mi prédica, cuando hice el llamado a los enfermos, Riva oró, recibió su milagro por fe y su cuerpo comenzó a sacudirse violentamente en su silla, bajo el poder de Dios. Por fe, Riva se hizo la prueba de azúcar en sangre y para la gloria de Dios había bajado a 99 sin ayuda de la inyección de insulina. Riva testificó su milagro y soltó su caminador; pudo moverse por todo el altar sin perder el aliento ni sentir síntoma de enfermedad alguna. ¡Fue sanada de manera sobrenatural!

7

Evidencias y Señales de una Persona Muerta a su “Yo”

on todo lo visto hasta aquí, ya podemos formarnos una idea de cómo

C se distingue o luce una persona que ha muerto a sí misma, que cada día se niega a sí misma para cederle la preeminencia en su vida a Dios. Pero vamos a detallar de manera práctica, las evidencias o señales de este tipo de persona, que es útil en el Reino y a la cual Dios puede confiar poder, acceso, bendiciones, cambio y transformación sobrenaturales. Un hombre muerto a sí mismo...

- **No tiene voluntad propia:**

Jesús no tenía voluntad propia, sino que hacía todo lo que la voluntad del Padre le demandaba. *“Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”* (Juan 5:19). Usted, hoy por hoy, ¿puede decir lo mismo? Si no, ¿está dispuesto a morir su próxima muerte para que esto sea una realidad?

- **Sirve por los motivos correctos:**

El hombre y la mujer que han muerto a sí mismos sirven pensando en la gente; tienen en su corazón suplir la necesidad de los demás; arde en su interior el único anhelo de cumplir la voluntad del Padre en esta tierra. Quieren lo que Dios quiere por las razones que Él lo quiere. Buscan el Reino de Dios y Su justicia en todo lo que hacen.

- **Se somete al Padre celestial y a la autoridad delegada:**

La sumisión voluntaria es una clara señal de muerte en el creyente; quiere decir que la rebeldía del “yo carnal” ha sido arrancada, y en su lugar están la humildad y la madurez espiritual de Cristo. Quiere decir que Satanás ya no tiene nada en esa persona (Juan 14:30).

- **No tiene una agenda personal:**

La persona que se ha negado a sí misma, ha desechado todo plan y ambición personales, individualistas y egoístas. Ya no le importa adquirir un nombre en esta tierra, sino ser relevante para el Reino y que si ha de hacerse de un nombre, que sea en la eternidad.

- **No se ofende fácilmente:**

El hombre o la mujer muerto a sí mismo no se ofende fácil porque el “gancho” que el enemigo tenía en su carne, desapareció con la muerte de su “yo carnal”. Ésta es una de las maneras más precisas de medir nuestra muerte a la naturaleza carnal. Si usted se ofende, su carne todavía está viva y en control.

- **No deja que sus emociones la controlen:**

Al haber alcanzado la madurez espiritual que trae la muerte al “yo”, ha adquirido también el uso del dominio propio. Sus decisiones y reacciones no pasan por lo que siente, piensa o quiere, sino por lo que sabe que es correcto, que es la voluntad

de Dios y que es sabio. Sus decisiones y acciones no dependen del estado de ánimo propio o ajeno, sino de lo que sabe que debe hacer.

- **Tiene menos malos pensamientos porque ya no piensa en sí misma, sino en Dios:**

Su mente ha sido liberada de toda opresión de los pensamientos que el enemigo manda como dardos a nuestra mente. Ha llevado todos sus pensamientos cautivos a la obediencia de Cristo, y ahora, tiene Su mente. Cuando tenemos la mente de Cristo, el enemigo no tiene lugar en nuestros pensamientos; porque nuestra mente está enfocada en el cumplimiento de la voluntad de Dios para esta tierra, aquí y ahora, cada día.

- **Tiene una fuerte pasión por hacer la voluntad del Padre, no la propia:**

Haciéndose cada vez más semejante al Hijo de Dios, llega al punto de tener hambre y sed de hacer solo Su voluntad. No quiere nada más. Está dispuesto a sufrir más muertes con tal de ver esa voluntad cumplida. Nunca siente que haya llegado o terminado. Sabe que mientras viva, deberá morir a sí mismo para que Cristo viva en él y extienda Su Reino en esta tierra.

- **Es alguien en quien Dios puede confiar plenamente:**

Dado que ya no vive él, que no antepone su voluntad, que no es llevado por el calor de sus emociones y que ha madurado espiritual y emocionalmente, el hombre que ha muerto a sí mismo es digno de confianza. Ahí es cuando Dios le confía su propósito completo en esta tierra. Jesús recibió la confianza del Padre porque murió todas las muertes que le demandó. ¡Prepárese para su próxima muerte, porque el Padre se la demandará como lo hizo con Jesús!

- **Está y permanece bajo autoridad:**

No hay persona que haya muerto a sí misma que no sea capaz de sujetarse a la autoridad. Es más, lo busca, lo anhela y se ejercita en esa sujeción de continuo, porque ha recibido la revelación de lo que esto significa. Y cada vez que se sujeta a autoridad, desata un mayor nivel de poder. Ese fue el motivo por el que el Padre tuvo que levantar a Cristo de la muerte; porque murió bajo autoridad. Y la misma autoridad bajo la cual murió fue la que tuvo que resucitarlo. La muerte a uno mismo representa una total obediencia y sumisión a Dios, más allá de lo que diga su vieja naturaleza. Así que Dios levantará su vida, familia, ministerio y negocio cuando usted se ponga bajo Su autoridad y/o autoridad delegada; porque el Padre solo puede levantar a un hombre o mujer que ha muerto para Él, por obediencia a Su voluntad. Si usted sigue discutiendo y resistiendo Su autoridad, todavía no ha llegado al punto de muerte a sí mismo en el que pueda ser levantado por su autoridad en la tierra y por el Señor. Dios está esperando que se someta a Su autoridad, sea directa o delegada para poder llevarlo a su próximo nivel de poder.

Un hombre muerto a su “yo” no discute con la autoridad, se pone bajo autoridad.

- **Lleva el sacrificio como estilo de vida:**

Ha aprendido a vivir ofreciendo sacrificio en el altar de Dios; porque sabe y comprende que es su oficio como sacerdote del Reino. Y además tiene revelación de lo que significa y de lo que desata ese sacrificio en el mundo espiritual.

- **Camina la milla extra y realiza el esfuerzo extra:**

Esa persona es la que está dispuesta a esforzarse más, a sacrificar más, a orar más, a adorar más, a llevar la carga, a dar todo de sí por Dios y Su Reino. Éste es el único tipo de creyente que puede marcar una diferencia en esta tierra.

- **No se defiende de las críticas:**

Quien ha muerto a sí mismo no se defiende de las críticas porque entiende que Su defensor es Dios, y sufre con gozo cualquiera sea el precio que deba pagar por extender Su Reino. Usted, cuando es criticado, ¿se molesta y reacciona defendiéndose a sí mismo? Defenderse es una señal de no haber muerto al “yo”. ¿Está muerto a la crítica? ¿Está muerto a la persecución? ¿Está muerto a la difamación? Yo soy muy criticado, rechazado, difamado y perseguido debido a la naturaleza de mi ministerio; pero gracias a Dios y a las muertes que Él me ha demandado, estoy más allá de eso. Ya no me importa nada de eso, porque para mí vale más que Cristo siga salvando, sanando, liberando a la gente, que continúe prosperando y extendiendo Su Reino a través de mí. ¡Estoy muerto a la crítica, al odio, rechazo y difamación de la gente! Sé que un ministerio sobrenatural va a recibir persecución sobrenatural, así que no me defiendo ni reacciono a las críticas. Si quisiera hacerlo, tengo la televisión y la radio a mi disposición, ¡pero estoy muerto a eso! Ya no vivo yo..., no vivo para mí ni por mí. Lo que hago es bendecir a aquellos que me critican, *“olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (Filipenses 3:13-14).

- **Vive una realidad diferente:**

Ve todo desde una perspectiva eterna, no natural. Se maneja por principios y valores eternos, no temporales. Su realidad es la verdad eterna del cielo, y esa es la que rige su vida, sus decisiones, sus acciones y actitudes.

- **No puede ser resistida por Satanás:**

Un hombre muerto está empoderado y lleno de autoridad para ejercerla contra él y echarlo fuera. Satanás puede resistir y desafiar a una persona cuyo “ego” está entronado porque sabe que no tiene autoridad contra él. Pero cuando en el trono de la vida de esa persona está Cristo, ningún demonio puede enfrentarla.

- **No retiene nada de Dios:**

La persona que ha muerto no le niega nada al Señor, no se reserva nada, no guarda nada para sí, no se asegura a sí misma. Toda su vida está abierta y a disposición del Padre, de Sus demandas y planes. Tiene una total confianza en Él y no le niega absolutamente nada. Está dispuesto a darle a Dios todo lo que posee y todo lo que es, todo de sí.

- **Está comprometida y rendida a Dios:**

Para esa persona el Padre lo es todo; su principio y fin, la razón de su existir, el Señor, amo y dueño de su vida, sus bienes, sus días, su tiempo, todo su ser, dones y posesiones. Está dispuesta a hacer y a dar lo que sea por Dios. Su compromiso es el de aquella persona que no tiene otra razón de vida más que Él.

En resumen, si usted está muerto a algo que antes le resultaba tentador, ese algo ya no le va a sorprender ni encontrará cabida ni lugar en su vida. Más bien, encontrará la puerta cerrada. Usted ya no reaccionará a esa tentación, porque está muerto a sus deseos egoístas. Para ser más claro, por ejemplo, si usted está muerto a la ofensa, ya no se ofenderá cuando lo insulten, le mientan, lo abandonen, etcétera; si está muerto al orgullo, ya no será más arrogante ni soberbio, no protegerá más su “ego”; si está muerto al amor al dinero, ninguna cantidad lo comprará; si está muerto a la inmoralidad sexual ya no responderá a la tentación que pueda venir, en ninguna de sus formas. Usted sólo responderá a la tentación, cuando esté vivo a su “yo carnal”. Si está muerto a todo lo que antes

funcionaba como tentación para que Satanás tuviera lugar en su vida, ahora, cada vez que él quiera volver, se encontrará desarmado. El “yo carnal” que era su aliado, estará muerto y no tendrá nada en usted (Juan 14.30).

Cuando nos cansamos de que el enemigo tenga lugar en nosotros; cuando decidimos morir a nosotros mismos, rindiendo todo nuestro ser a Dios, Él puede darle un giro total a nuestra vida. La siguiente es la historia de Nicole Lacasse, norteamericana, que tuvo que rendir su pasado y presente a Dios, creerle que podía cambiar todo el horror que había vivido, amarla como su Padre celestial y darle gente que la amara de verdad. “Mi abuelo abusaba de mí y de mi hermana desde que teníamos cinco años de edad. Eso me hizo crecer con mucha ira, falta de perdón, depresión y amargura. Me sentía tan rechazada y vacía que vivía con el deseo constante de matarme y acabar con todo de una sola vez. También sentía odio hacia mi padre por habernos dejado desprotegidas. En una oportunidad, mi hermana le dijo a mi mamá que mi abuelo abusaba de nosotras y nos mudamos a la casa de una amiga de mi mamá. Ahí empecé a relacionarme sexualmente con la hija de esa mujer, otra niña (de diez años). Desde entonces, fui bisexual. En realidad, nada me satisfacía, me sentía sola y vacía. A los trece años empecé a consumir drogas y alcohol. Mi padre era alcohólico y drogadicto, pero cuando mi madre se dio cuenta de que además de eso, le era infiel, se separó de él. Pronto, se involucró con otro hombre también drogadicto y alcohólico como ella. Ese hombre no hacía nada porque estaba deshabilitado por drogadicción, estaba todo el día en la casa y abusaba de mi madre en todos los aspectos. Mis hermanas y yo crecimos solas, confundidas y perdidas. Probando entre una vida y otra, me enamoré de un muchacho y quedé embarazada. Él abusaba verbal y físicamente de mí, y me llevó más profundo en el consumo de drogas y pastillas. Fue tanto el consumo que perdí a mi bebé. A los 16 años tuve otro embarazo y nació una beba. Un día, descubrí que mi marido me era infiel con mi propia hermana. Me fui a vivir con mi mamá y volví al lesbianismo. Me sentía más segura con mujeres porque no me golpeaban. Con el tiempo me volví a

enamorar de un hombre, pero también terminó abusando de mí. Sin embargo, me embarqué de él y tuve otra niña. Desesperada con mi situación, me presentaron a Jesucristo y lo acepté; me sentí mejor pero no me convertí realmente. Pronto, regresé con el padre de mi hija mayor y volví a las drogas y al lesbianismo; de hecho, cometí adulterio porque tenía relaciones con una mujer casada. Dos años después, sentí la necesidad de un cambio radical en mi vida. Le pedí al padre de mi hija mayor que me llevara a la iglesia El Rey Jesús. Durante el servicio, se sentó junto a mí una líder de alabanza, y desde ese momento, se convirtió en mi mentora. Ella nos ayudó muchísimo a mí y a mi esposo a mantenernos en el camino del Señor y a renunciar a nuestra vieja vida. Nos llevó a un retiro de liberación, donde fuimos liberados de la drogadicción, alcoholismo, ira, rechazo, falta de perdón, amargura, depresión y lesbianismo. Recibimos la revelación de la importancia del matrimonio y decidimos casarnos. Para mí fue una decisión muy fuerte porque tuve que morir por completo a la desconfianza que le tenía a los hombres. Ahora, somos un matrimonio cristiano y comprometido con Cristo y con nuestra iglesia. Renuncié al juicio que tenía hacia el apóstol, por todo lo malo que me habían dicho de él. Lo único que yo conocía de un padre era vicio, abuso y abandono; pero morí a todo eso y pude conocer algo que nunca había experimentado en mi vida. Nunca había sentido un amor paternal y los consejos sabios de un padre. No sé qué pasó, pero sí sé que nunca había visto a ningún hombre como vi ese día a mi padre espiritual. Durante sus prédicas, recibí la identidad de Dios como mi Padre amoroso y todopoderoso, y la identidad como hija espiritual del apóstol. Hoy soy feliz. ¡Nunca había tenido un padre y ahora tengo dos! Gracias a que morí a mi opinión y experiencia del pasado, pude sentir por primera vez en mi vida que podía sentarme a escuchar a mi padre y hasta sus regaños me gustaron. Sentí por primera vez en mi vida que le importaba a alguien. Ahora yo y mi esposo estamos felices porque aquí en El Rey Jesús tenemos una familia que nos ama, un padre y una madre espiritual que lo único que quieren es nuestro bien; una mentora que siempre está ahí para escucharnos y unos hermanos y hermanas en Cristo con los cuales nos divertimos y nos protegemos mutuamente.

Le doy gracias a Dios porque ha transformado nuestras vidas. Gracias a Dios, ya salimos de ese infierno de drogas, alcohol e inmoralidad sexual; esa vida está muerta para nosotros, y mis hijas jamás conocerán ese mundo. ¡Lo declaro en el nombre de Jesús! ¡Amén!”

8

Los Pasos para Acceder al Cambio y al Poder Sobrenatural de Dios

Para cerrar este libro, veremos cuáles son los pasos que nos llevan al camino por el cual llegaremos al cambio y al poder sobrenatural que vienen por la muerte al “yo carnal”. Es decir, cómo recorreremos ese camino de negación a uno mismo, de morir a la vieja naturaleza y comenzar a vivir la vida del espíritu, la que Cristo vivió.

- 1. Haga un compromiso de morir a sí mismo presentándose en sacrificio vivo (Romanos 12:1).**

Todo lo que Dios hace en la tierra, requiere un compromiso del hombre. Dios ve la muerte al “yo carnal” como el compromiso supremo.

Cuando “morir a sí mismo” no es un estilo de vida, Dios entiende que usted no está comprometido con Él. Morir o negarse al “yo” es una decisión y un compromiso que solo uno puede hacer. Dios no lo puede hacer por usted, ni su pastor, líder, cónyuge, ¡nadie! Cada usted toma la decisión y el compromiso de morir a sí mismo, es de su propia elección y voluntad; y luego, Dios le da la gracia sobrenatural para llevarlo a cabo.

La muerte a uno mismo no es un evento, es un estilo de vida; es algo constante y continuo, pero que solo se logra

por la gracia sobrenatural de Dios.

SOMOS UN SACERDOCIO SANTO LLAMADO A PRESENTAR SACRIFICIOS

A través de toda la Escritura, Dios dice que los creyentes somos reyes y sacerdotes; “vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5). ¿Cuáles son esos sacrificios? Los sacrificios que todo sacerdote del Altísimo debe presentar son: Oración, adoración, ofrendas, intercesión, nuestros cuerpos en servicio, ayuno, y nuestro “yo carnal” en obediencia, sumisión y muerte. No son sacrificios para ganarnos el favor y la gracia de Dios, sino que, como sacerdotes, ese es nuestro oficio. Cada vez que usted sacrifica alabanza, adoración, ofrendas, oración, ayuno y la muerte a sí mismo para Dios, usted se acerca más a Él y desata Su poder. Un hombre no puede acercarse a Dios sin entender lo que Él requiere.

Sacrificio significa acercarse a Dios. La naturaleza real de la muerte es el sacrificio. Nada es sacrificio hasta que se muere.

Si usted quiere que Dios le dé el poder y la gracia para morir a sí mismo, tome una decisión y comprométase hoy con su próximo nivel de muerte. Cualquiera que se compromete con Dios muere a algo. Entonces, el próximo nivel de su vida está ligado a una muerte. ¿Será que tiene que morir en el matrimonio, para no terminar en divorcio? ¿Será que tiene que morir a dormir de madrugada para ir a la presencia de Dios y buscar Su rostro? Abraham tuvo que morir a su hijo Isaac, el hijo de la promesa que había esperado por más de veinte años; de otra manera hubiese limitado la bendición que Dios le quería dar a Él y a sus generaciones. El Padre celestial tuvo que morir a Sí mismo para entregar a Jesucristo en rescate por todos. ¿Está listo usted para comprometerse con Dios a morir en áreas de su vida que se había resistido a entregar? Dios está listo para recibir su sacrificio y también para recompensarlo.

2. Haga una rendición continua de su voluntad a Dios

Desde el tiempo de la caída de Edén hasta ahora, Dios busca solo una cosa en el hombre, y es su voluntad. Cuando el hombre rinde su voluntad a Dios, toda mala influencia que está pegada o conectada a ella se cae. Es decir, solo cuando su voluntad es rendida, las cosas malas que están arraigadas a ella salen de su vida. Usted tiene la habilidad de escoger a quién se rinde su voluntad, si a Dios a su naturaleza carnal o a Satanás.

No importa la etapa de la vida en que esté ahora, siempre hay algo que rendir a Dios, algo que no le pide a Dios que remueva porque en el momento en que usted se rinde, todo pasa a ser propiedad del Dios Altísimo. Cuando son situaciones o áreas que no puede manejar, Él las toma y ya no está en su poder resolverlas, sino en el poder de Dios. Su situación ahora está en control. Él toma de usted lo que no podía manejar.

Rendir su voluntad no es instantáneo, es progresivo, gradual y voluntario. Quien ha rendido su voluntad está quebrantado, y nunca le dirá a Dios “no puedo”.

Cada vez que Dios le pide que haga algo, tiene que ver con rendirle su voluntad a Él. Y cada vez que se resiste a hacer lo que Dios le está pidiendo, es una parte de su vida que no le ha entregado, que Él no tiene de usted. Rendir la voluntad es un evento de cada minuto, cada hora, cada día. Es cederle cada pensamiento, deseo que cruza su mente y llevarlo cautivo a la obediencia de Jesucristo. Rendir nuestra voluntad no es fácil. Es más, apenas usted lo haga, se enfrentará a algo con lo que no quiere lidiar; por eso es una muerte.

Jesús recibió lo que recibió porque rindió Su voluntad al Padre y no le negó nada. Si usted quiere poder, debe estar dispuesto a morir, porque no puede portar aquello por lo que no está dispuesto a morir. Mientras lee, yo como apóstol, quiero hacer una oración por usted. *“Ahora mismo, como siervo de Dios, ato todo poder del enemigo e influencia sobre su voluntad. Tomo autoridad sobre la raíz que causa la rebelión contra la autoridad, la arranco y declaro que*

usted es libre para rendir su voluntad”. Ahora es su turno. Repita conmigo: “Padre, en el nombre de Jesús, vengo delante de Tu presencia. Abro mi corazón porque quiero más de Ti, de Tu presencia, unción y gloria. Yo voluntariamente, rindo mi voluntad a Ti, crucifico mi carne y me declaro muerto a mí mismo. Me declaro muerto al “yo carnal”, a mi carne, a mis deseos corruptos, a lo que quiero, a lo que siento y a lo que pienso. Yo me rindo a Tu voluntad, a Tu palabra, a Tu Espíritu para ser cambiado y transformado. Voy a ser continuamente empoderado para hacer Tu obra. Voy a ver lo inusual y lo sobrenatural en una mayor dimensión. Voy a manifestar Tu poder mientras voy en la vida. Hago un voto y compromiso de sujetarme a la autoridad de la Palabra. Como siervo e hijo de Dios voy a ejercer poder y autoridad porque estoy sujeto a la autoridad bajo la cual me has puesto. Nunca me voy a rebelar sino que me voy a someter a Ti y a Tu voluntad, en el nombre de Jesús”.

3. Sea sumergido en el bautismo de amor

La Escritura menciona diferentes tipos de bautismos; por ejemplo, el de aguas, el del Espíritu Santo, el de fuego; y existe también un bautismo de amor. “Bautizar” significa “sumergir algo completamente en una sustancia”; “cubrir de pies a cabeza como cuando uno se sumerge en el agua, que ésta lo cubre por completo”. Cuando usted recibe el bautismo de amor de Dios, es sumergido por completo en el mismo; tras lo cual, llega a un lugar de total “ausencia del yo”. Lo opuesto del amor es el egocentrismo. Si uno está lleno de sí mismo no es capaz de sentir el dolor y sufrimiento de los demás; solo puede sentir las demandas egoístas de su “carne”. Ésta es una de las marcas del espíritu de esta edad; un total desinterés e insensibilidad por el dolor ajeno. A nadie le importa la necesidad del otro. En el bautismo de amor es donde ocurre la muerte al “yo”; ahí usted le está dando a Dios permiso para ser Él en usted y amar con Su amor. Sólo entonces, nace un siervo a imagen y semejanza de Cristo.

La muerte a uno mismo es evidencia de que ha sucedido un bautismo de amor.

Si usted sabe que en su interior todavía hay egoísmo, amor al “yo”, que aun no le conmueve el dolor ajeno, que no le importa la vida del otro, necesita el bautismo del amor de Dios desesperadamente. Cuando llega a estar vacío de sí mismo, de su vieja naturaleza, ninguna maldición puede permanecer en su vida; y entonces, todo lo que el Padre quiere hacer es posible. En el bautismo de amor toma lugar la aceleración del Reino en nosotros, porque la voluntad del Padre fluye libremente. Sin el bautismo de amor, no podemos ser como Cristo aquí en la tierra (1 Corintios 13.1-2); es en vano querer lograrlo de otra manera. Este mundo necesita experimentar el genuino y verdadero amor de Dios a través de cada uno de nosotros.

Hay cosas en el ámbito espiritual que usted sólo puede hacer desde una posición de muerte a sí mismo.

4. Escoja perder la vida egoísta de la carne para ganar la vida abundante del espíritu

“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará” (Juan 12:24-25). Usted es esa semilla y puede hacer lo que quiera con ella; la puede guardar para sí, quedársela para solo contemplarla, puede esconderla, puede secarla e incluso ahogarla. Pero también puede decidir sembrarla, hacerla morir para Cristo y, entonces, llevar mucho fruto. Dios le dice: “Es tu decisión”. Como siempre, Él le permite a usted elegir y hacer uso de su voluntad. El mundo está lleno de gente que se siente sola; de hecho, uno puede sentirse solo en medio de una multitud, con toda su familia, en una iglesia grande o en una pequeña. La razón de la soledad no tiene que ver con la cantidad de gente que nos rodea, sino con no estar dispuestos a ser esa semilla que cae en tierra, muere y da fruto.

Mucha gente está aguantando el grano, la semilla y permanece sola, frustrada y triste; el egocentrismo hace que no esté dispuesta a poner su vida por los demás, por Cristo. La única alternativa es que la suelte y se olvide de ella, que ponga esa semilla en la tierra, abandone el miedo a perderla; tiene que perder el control de ella como lo hizo Cristo. Porque *“en esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos”* (1 Juan 3:17). Significa dejar de comer para que otro coma, dejar de dormir para que otro duerma, dejar de pedir para sí mismo para pedir por otro; dejar de pensar primero en sí mismo, para pensar en el prójimo; dejar de vivir para que otro viva.

No sabemos lo que es vivir en el Espíritu hasta que participamos de nuestro propio funeral, el funeral de nuestro “viejo hombre”.

Los cristianos pasamos mucho tiempo resistiéndonos a morir, a rendirnos, porque le tenemos miedo a esa muerte; sentimos que vamos a perder algo importante. Nos aterroriza la idea de perder el control de nuestra vida. El miedo es algo irracional que nos lleva a protegernos cuando sentimos que algo nos puede dañar o quitar algo importante. El “yo” tiene sus propios mecanismos de defensa, de autoprotección y supervivencia, los cuales debemos quebrantar, uno por uno, hasta que todos queden inoperantes y podamos entregar esta vida en la cruz de Cristo. Por eso es vital que perdamos el temor a la muerte; a la muerte natural y a la muerte a uno mismo. Para nosotros aplica también el principio de la semilla, por el cual si ésta muere, una nueva vida nacerá para dar abundante fruto según el género de la semilla que murió. Cuando se muere a uno mismo, la nueva vida que nace es la eterna, abundante de Dios –Cristo mismo en nosotros–; es la vida que podemos compartir y multiplicar en otros. Es la vida que da frutos y se multiplica hasta el infinito en la preeminencia de Su amor.

Conclusión

Finalmente, usted puede ir a cien consejeros, asistir a todas las conferencias e iglesias, puede leer todos los libros del mundo, ser uno de los mejores predicadores, pasar todas las ministraciones de sanidad interior y liberación, romper toda maldición propia o generacional, pero si no muere, no habrá cambio, ni transformación en su vida. Perderá todo lo que haya ganado en Dios y Su poder sobrenatural no fluirá legalmente en su vida. ¡Decídase en este instante a morir a sí mismo! Recuerde, usted se está rindiendo, muriendo para Cristo y Sus propósitos con este mundo, así como Cristo murió por usted y sus pecados.

***Una muerte en Dios siempre requiere una resurrección.
Por tanto, si uno muere a sí mismo tendrá acceso al poder
divino de la resurrección.***

Morir a uno mismo nos lleva a un nuevo nivel de la manifestación de la persona de Cristo en nuestra vida y a través de nosotros; hace posible que mantengamos nuestra liberación, y por lo tanto vivamos libres de maldiciones, pecado, opresiones, ataduras, iniquidad, maldad, etcétera; nos ayuda a sostener nuestros cambios y avanzar en la transformación que nos llevará a ser cada vez más a imagen y semejanza del Padre. Morir a nosotros mismos da acceso al poder sobrenatural, a la presencia de Dios donde recibimos bendición sin medida; allí podemos caminar más fácil en el ámbito espiritual y alcanzar la madurez para operar el poder y el amor de Dios.

Una vez que nuestra semilla ha muerto, llegado su tiempo, producirá cien veces más de ese fruto, según su género; es decir, un fruto con el mismo ADN. Usted producirá fruto en abundancia, para alimentar

a un mundo lleno de rechazo, herido, afligido, atormentado por el pecado, el dolor y el sufrimiento. Cristo murió, sembró Su vida y produjo millones de semillas de Sí mismo; usted y yo somos ese fruto y llevamos en nuestra esencia el potencial de la multiplicación de nuestra especie. Y sabemos que nuestra especie es la misma que la de Dios; por lo tanto, nuestro fruto será verdadero, permanente y de bendición para hoy y para el futuro. Ahora todos esos granos deben caer en tierra y morir también, y dar frutos para seguir reproduciéndose, de modo que puedan ser luz a un mundo en oscuridad que necesita a Dios, Su gracia, misericordia, amor y salvación.

Si usted es portador del poder sobrenatural y de la gloria de Dios, su vida debe ser un continuo sacrificio, tal como fue la de Jesucristo. No se puede llevar a otros al ámbito del poder, sin morir a uno mismo diariamente. No existe otra manera; porque el aumento del poder será tan progresivo como sea la muerte de la vieja naturaleza (Efesios 3:20). Cuando Cristo vivió en la tierra, adquirió poder por medio de las diferentes muertes que pasó. Él nunca paró de morir, hasta que alcanzó el nivel máximo de muerte y llegó a desatar el poder para Su resurrección. Es decir que para resucitar en poder, tenemos que morir primero. Usted puede medir la unción de una persona según cuánto haya muerto a sí misma, y viceversa. Cuando se muere a uno mismo, Dios no puede negar Su poder, porque cada muerte desata automáticamente una nueva medida de Su poder sobrenatural. ¿Cuál es el próximo nivel de poder que necesita desatar para su familia, negocio o ministerio? ¿Cuál es la muerte que debe morir para desatarlo? ¿Está dispuesto a entrar en una dimensión mayor de poder y unción? Entonces, debe estar dispuesto a morir a sí mismo.

La medida de unción y poder que opere en uno será directamente proporcional a la muerte diaria que haga a sí mismo. Éste es el principio de la ley del intercambio.

Usted debe morir para ir a dar vida al que está muerto en su pecado, salvación al perdido, salud al enfermo, libertad al cautivo, vista al ciego, oído al sordo, liberación al oprimido. Mi oración es que ninguno de ustedes rechace la oferta que el Señor le presenta hoy, aquí y ahora. Si usted se entrega sin reservas, haciendo un compromiso total con Él, del otro lado de esa muerte o negación a sí mismo, le espera una vida llena de la presencia y la gloria de Dios, de poder sobrenatural, de plenitud en todo, de recompensas y bendiciones. ¡Tome la decisión ahora! Su muerte es hoy, porque sus hijos y esta generación necesitan experimentar el Reino de Dios y a Jesucristo a través de su vida. ¡No espere más! ¡El tiempo es hoy!

Oración

PARA RENDIR SU VOLUNTAD Y MORIR AL “YO”

Si usted ha decidido comenzar su proceso de muerte a sí mismo para que Dios pueda cumplir Su voluntad con su vida, repita esta oración cada vez que tenga que morir una nueva muerte:

“Padre celestial, reconozco que hay áreas de mi vida en las que he estado viviendo para mí, de forma egoísta. Hoy entiendo que no sólo debo morir al pecado, sino también a mi ‘yo carnal’ para que Cristo pueda crecer en mí y fluir a través de mi vida. Hoy pongo mi cuerpo en sacrificio vivo, ofrezco mi ‘yo’ en el altar para hacerlo morir, me niego a mí mismo y renuncio a mi voluntad egoísta, para vivir por completo para Ti y cumplir Tu voluntad. Ya no quiero vivir para la carne ni para cumplir una agenda personal, egoísta y natural en este mundo. Quiero lo que Tú quieres; anhelo Tu santidad, Tu poder y Tu gloria. Quiero establecer Tu Reino y extenderlo como Cristo lo hizo. ¡No quiero nada más! Dame hoy Tu gracia sobrenatural para morir a mí mismo, a mi orgullo, y acceder a Tu poder que cambia vidas, renueva la mente y transforma el corazón humano, porque yo vivo para Ti y Tu voluntad en esta tierra, en este tiempo y en el territorio donde me has puesto. Hoy muero yo para que Tú vivas, para ser útil en Tu Reino, para seguir el camino que Jesús abrió para Tus hijos. Recibo Tu gracia para morir a mi carne, a mi ‘yo carnal’; no es en mis fuerzas sino en las Tuyas. Oro todo esto en el nombre de Jesucristo, amén”.

Bibliografía

Biblia de Estudio Arco Iris. Versión Reina-Valera, Revisión 1960, Texto bíblico copyright© 1960, Sociedades Bíblicas en América Latina, Nashville, Tennessee, ISBN: 1-55819-555-6.

Diccionario Español a Inglés, Inglés a Español. Editorial Larousse S.A., Impreso en Dinamarca, Núm. 81, México, ISBN: 2-03-420200-7, ISBN: 70-607-371-X, 1993.

Strong James, LL.D, S.T.D., *Concordancia Strong Exhaustiva de la Biblia*, Editorial Caribe, Inc., Thomas Nelson, Inc., Publishers, Nashville, TN - Miami, FL, EE.UU., 2002. ISBN: 0-89922-382-6.

Vine, W.E. *Diccionario Expositivo de las Palabras del Antiguo Testamento y Nuevo Testamento*. Editorial Caribe, Inc./División Thomas Nelson, Inc., Nashville, TN, ISBN: 0-89922-495-4, 1999.

Bible Gateway. 2015. www.biblegateway.com

Para preguntas o más información, por favor contacte al
Ministerio Internacional El Rey Jesús.
www.elreyjesus.org